BOLSILIBROS BRUGUERA

POLICIACA

SERIE LA HUELLA

Lou Carrigan

ASESINATOS EN PRIMER GRADO




COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

ASESINATO EN PRIMER GRADO

Colección LA HUELLA n.° 8
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 31148-1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: septiembre, 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Asesinato en Primer Grado

La figura masculina brotó de pronto de entre la sombras del jardín.

Sólo un instante, porque al darse cuenta de que quedaba iluminada, volvió a desaparecer, volvió a convertirse en sombra entre las sombras.

Segundos después, los arbustos de flores se movían y la figura masculina se deslizaba entre ellos, cautelosamente, despacio. Y por fin, con grandísimas precauciones, llegó ante la terraza de la hermosa quinta sita en el Gentilly Boulevard, de Nueva Orleáns.

Se quedó allí, inmóvil, durante un par de minutos mirando fijamente hacia la terraza. De cuando en cuando por el bulevar pasaba un coche, lanzando haces d luz. Se oía el suave zumbido del motor, se veían las luces, y eso era todo. No había el menor peligro de que desde alguno de los coches alguien pudiera ver a la sombra entre las sombras.

La terraza era la salida del *living* de la casa, y e: éste se veía luz. Poca luz. Sólo en un rincón había una iluminación difusa. A la derecha se veía el gran porche de la casa, con columnas. Allí había más luz, procedente del farol de encima de la puerta.

Por fin, la figura humana, la sombra entre las sombras, volvió a moverse. Ahora, más deprisa, y quizá por eso, menos cautelosamente. Cruzó la zona que se paraban los arbustos de la terraza, y subió los dos escalones de ésta, pegándose inmediatamente a un lado de la pared. Luego, asomó con todo cuidado la cabeza.

Dentro, en un rincón, había una lámpara de pie encendida, que proporcionaba la iluminación. Frente a la lámpara habían dos sillones. Uno de ellos aparecía vacío. En el otro, por encima del respaldo, un periódico parecía flotar.

Alguien estaba sentado en el sillón, leyendo el periódico, de espaldas a la terraza.

La figura masculina entró en el *living*, sigilosamente. Al difuso resplandor de la lámpara de pie, su cabeza brilló, de un modo extraño. Dos pasos más, y si el hombre que leía el periódico se hubiese vuelto, habría visto aquella figura masculina cuya cabeza estaba cubierta por una media de mujer.

Pero la persona que leía el periódico no se volvió.

Y la figura masculina dio otros dos pasos. Se detuvo de nuevo, metió la mano derecha en un bolsillo de la raída chaqueta, y la sacó empuñando un agudo punzón, que relució un instante.

Otro paso. Otro, otro, otro…

Y así, lentamente, la figura masculina llegó justo tras el respaldo del sillón. Desde allí veía perfectamente al hombre que leía el periódico, de atrás hacia delante y de arriba abajo. Podía ver su abundante cabellera gris, su nuca, sus manos sosteniendo el periódico completamente abierto.

Las manos se movieron, se dispusieron a pasar aquella hoja del periódico.

Y quizá su movimiento lo decidió todo, sobresaltando a la persona que tan cerca tenía.

Apenas había iniciado el gesto de mover la hoja, cuando una mano enguantada en negro apareció por encima de él, y le asió por los cabellos, tirando hacia atrás, apretando su cabeza contra el respaldo del sillón.

Otra mano apareció, el punzón volvió a relucir, y enseguida se hundió en la garganta del hombre, que emitió un ahogado sonido. El punzón se retiró rápidamente, dejando caer unas gotitas de sangre, volviendo a relucir con el tono de la sangre, ahora.

Y de nuevo se hundió en la garganta del hombre.

Y otra vez.

Y otra.

Y otra.

El hombre que había estado leyendo el periódico se había relajado completamente. La mano que sujetaba su gris y abundante cabellera, la soltó.

Entonces, la cabeza del hombre cayó blandamente, suavemente, sobre el pecho. Y se quedó así, sentado, como echando un

sueñecito.

La figura masculina retrocedió, pasando el punzón por lo alto del respaldo del sillón, para limpiarlo de sangre. Salió al jardín, siguiendo el mismo camino, en sentido inverso.

Segundos después, volvía a ser una sombra entre las sombras.

CAPÍTULO PRIMERO

Ni siquiera habían transcurrido cinco minutos del asesinato en primer grado cuando apareció el coche en la quinta, todavía con la señal del intermitente indicando que iba a girar para entrar en ella.

La señal se apagó al ser enderezado el volante, y el coche llegó ante la casa. Se apagaron las luces, y enseguida se apeó una mujer, con gestos apresurados. Una bellísima mujer, alta, de espléndida figura, largos cabellos rojos, grandes ojos que brillaron al recibir la luz del farol de encima de la puerta.

Con graciosos saltitos, corrió hacia allí, abrió el bolsito y comenzó a buscar la llave… Seguramente era su propia impaciencia la que le impedía buscarla con la debida eficacia. Pulsó el timbre y luego siguió buscando la llave.

Acababa de encontrarla cuando la puerta se abrió, y la mujer lanzó un suspiro.

—Dios mío… —gimió—. ¡Cuánto me he retrasado hoy, Nelson! Naturalmente, el señor ya ha regresado…

—Buenas noches, señora —asintió el mayordomo—. En efecto, el señor hace más de una hora que regresó a casa. Está en el salón.

—Santo cielo, espero que no tenga uno de sus momentos de malhumor. ¿Está lista la cena?

—Por supuesto, señora.

—Dígale a Carrie que puede servirla inmediatamente. Voy a avisar a mi marido.

—Sí, señora… ¿Llevo el coche al garaje?

—Luego, luego… Ahora vamos a cenar, no quiero hacerle esperar más. Sirvan la cena.

La hermosa pelirroja de ojos verdes cruzó el amplísimo vestíbulo, hacia la puerta del *living*, apresuradamente. Se detuvo

allí, volvió a suspirar, y se dio un muy femenino y gracioso toque a los cabellos.

Luego, empujó la puerta y entró, sonriente.

—Querido —entró diciendo—, perdona el retraso, pero me encontré con Betsy y Margaret cuando salía del salón de belleza, y no hubo manera de escaparme de ellas. Fuimos a…

La bella pelirroja se calló de pronto y se quedó mirando, desconcertada, al hombre que estaba sentado en el sillón. El periódico estaba caído ante sus pies. Acabó de acercarse, lo recogió y lo dejó sobre la pequeña mesita redonda, junto a la lámpara de pie.

—Howard… —llamó—. Howard, he vuelto. Perdona que… ¿Howard? ¡Howard, despierta!

Le puso una mano en un hombro, y lo sacudió suavemente, con gesto cariñoso… Entonces, Howard O'Connor se ladeó hacia el otro lado, fue resbalando tocando el brazo del sillón, y cayó al suelo, donde rodó, y quedó finalmente cara al techo. Muy abiertos los ojos, como mirándolo. Ahora se veía en la parte superior de su pecho la mancha oscura y el negruzco coágulo en su garganta…

La pelirroja respingó, y acto seguido lanzó el primer grito. Un alarido agudo, breve, que enseguida se convirtió en un tremolante grito de espanto:

—¡Aaaahhhh…!

Todavía estaba retrocediendo y gritando cuando el mayordomo apareció corriendo en el salón, desorbitados los ojos, mirando a todos lados… Primero vio a la mujer, que seguía gritando, gritando… Luego vio al hombre tendido en el suelo, y se precipitó hacia él, se arrodilló a su lado. Acercó sus manos a Howard O'Connor, pero las retiró vivamente al ver la mancha de sangre y el feo coágulo en la garganta.

Durante unos segundos se quedó tan inmóvil y pálido como una estatua de mármol. Luego se puso en pie y volvió su espantada mirada hacia la pelirroja, que ya no gritaba: había ocultado el rostro entre las manos y sollozaba histéricamente. En la puerta apareció, corriendo, Carrie, la joven y pizpireta doncella, con ojos

no menos desorbitados que los del mayordomo.

—¿Qué pasa? —gritó—. Señora, ¿qué…?

Vio a Howard O'Connor tendido en el suelo, se llevó las manos a la boca y se quedó así. No gritó, ni se movió, ni mostró histerismo alguno. Sólo se quedó mirando fascinada el cadáver.

—Hay… hay que llamar a la policía… —tartamudeo Nelson.

Y se abalanzó hacia el teléfono.

CAPÍTULO II

Owens Farrell detuvo el coche delante de la casa, se apeó y dirigió una mirada a los dos coches de la policía allí estacionados, todavía girando sus luces azules en el techo. Parpadeó, apretó los labios y subió el par de escalones, hacia el amplio porche con columnas blancas.

La puerta estaba abierta. Junto a ella, un agente de uniforme, que comenzó a abrir la boca en el momento en que Nelson acudía rápidamente.

—Venga, señor Farrell, venga… ¡Al salón!

—¿Se han llevado ya el cadáver, Nelson?

—No, señor, todavía no… ¡Es horrible!

Owens Farrell le dirigió una plácida y serena mirada, y asintió con la cabeza.

—Gracias por llamarme —dijo.

Se dirigió al salón y, antes de entrar, vio ya a varios hombres de la policía, buscando huellas en la parte de la terraza. El destello de un *flash* le desconcertó un instante. Luego, hubieron más destellos, pero ya no se inmutó. Su mirada fue hacia el cuerpo caído en el suelo, delante del sillón. Quedó fija en el rostro de Howard O'Connor,
en los ojos desorbitados, que parecían ahora de vidrio.

Dio un paso hacia el cadáver, pero el hombre que tomaba las fotografías le hizo una enérgica seña.

—No se acerque… Y haga el favor de salir de aquí. Será mejor que vaya al despacho; el teniente está allí.

Farrell movió la cabeza con gesto afirmativo, sin apartar la mirada del cadáver. Dé pronto dio media vuelta, salió del salón y cruzó el vestíbulo, hacia el despacho privado de Howard

O’Connor.

Empujó la puerta sin protocolo alguno y entró. Las miradas de cinco personas convergieron en él: Francis O’Connor, la reciente viuda; Nelson, que tras recibirlo había vuelto al despacho; Carrie, la doncella. Y dos hombres desconocidos, que le contemplaron con un destello de interés.

Francis se puso en pie inmediatamente y corrió hacia él, echándose en sus brazos, asiendo con manos crispadas las solapas de la chaqueta.

—¡Owens!… ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Le han matado, le han…, le han…! ¿Lo has visto? ¡Le han…!

—Cálmate, Francis. Hay que tener serenidad.

—Entré a decirle que va había vuelto, que podíamos cenar… ¡Era tan tarde! Temía que estuviese furioso, y… Me pareció que estaba dormido. Entonces, lo… lo toqué, lo llamé… Cayó… cayó al suelo, rodando como… como…

—Está bien, Francis, está bien. Vuelve a sentarte. Ya no se puede hacer nada…, salvo atender a la policía. Vamos, siéntate.

La empujó suavemente hacia el sillón y la obligó a sentarse. Los dos policías miraban cada vez más atentamente al atlético recién llegado, cuyo rostro, adusto, resultaba impresionante; no sólo por sus firmes rasgos y sus negros ojos, sino por tres o cuatro pequeñas cicatrices que se cruzaban en su mejilla derecha. Contemplar a Owens Farrell y experimentar una sensación de dureza eran la misma cosa.

—¿Señor Farrell? —preguntó uno de los policías, el más bajito y rechoncho, de unos cuarenta años.

—Sí.

—Soy el teniente Tammer. El es el sargento Lassaw. De Homicidios, naturalmente. Le agradecemos que haya acudido tan rápidamente a la llamada del señor Nelson… A decir verdad, si nos descuidamos llega usted antes.

Owens Farrell le miraba. Eso era todo. No despegó los labios.

En aquel momento volvió a abrirse la puerta del despacho.

—Teniente, acaba de llegar el forense, con la furgoneta.

—Si habéis tomado las fotografías, que haga su trabajo.

—Sí, señor.

El detective se retiró, cerrando de nuevo la puerta. Tammer volvió a mirar a Farrell, amablemente.

—Estábamos empezando a conseguir que la señora O'Connor se calmase, señor Farrell. De este modo, todos podremos saber algo concreto… ¿Estaba usted en su apartamento cuando recibió la llamada?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí.

—Por lo pronto que ha llegado, yo diría que vive muy cerca de aquí.

—Sí.

Tammer ensanchó la boca en lo que podía parecer una sonrisa cortés.

—¿Y por qué le ha llamado el mayordomo?

Owens alzó las cejas.

—Pregúnteselo a él.

—Muy adecuado. ¿Por qué lo ha llamado, señor Nelson?

—Pu… pues…, no sé… Bueno, él es… era muy amigo del señor O'Connor, viene aquí con frecuencia, y además es su abogado, y… y creo que socio en algunos negocios… El señor Farrell es considerado como de la casa, teniente.

—Entonces, ha hecho bien en llamarle. Señora O'Connor…, ¿está más tranquila?

—Sí —musitó Francis—. Sí, sí.

—Vamos a ver… Estábamos en que usted llegaba tarde para cenar, porque había encontrado dos amigas que la entretuvieron. Se fue directa al salón, entró, y como su marido no le contestaba, creyó que estaba dormido. Entonces, al tocarlo, él cayó al suelo… ¿Es así?

—Sí… Sí.

—¿Lo tocó usted después?

—¡No! —Respingó Francis.

—¿Alguien de la casa tocó el cadáver?

—No… Nadie, estoy segura.

—¿Qué hicieron exactamente ustedes tres?

—Pues… no sé. No sé, no recuerdo…

—Yo sí lo recuerdo, teniente —dijo Nelson.

—Ah, estupendo. ¿Qué hicieron?

—Lo primero fue llamarlos a ustedes. Luego se me ocurrió que debía llamar al señor Farrell, y también lo hice. Después me pareció que lo mejor era sacar del salón a la señora. Salimos los tres, y esperamos su llegada.

—¿Sólo eso? ¿No tocaron nada del salón? ¿Absolutamente nada?

—No, señor. Bueno, la puerta, al entrar, claro… Carrie se quedó en la entrada. La señora O'Connor estaba de pie… Yo me arrodillé junto al señor O'Connor, le miré… No toqué nada.

—Eso es muy conveniente —musitó Tammer—. Siempre que…

—Oh, sí… —Se sobresaltó Francis—. ¡Yo sí toqué algo! ¡El periódico! Estaba en el suelo, delante de los pies de Howard. Lo… lo recogí y lo puse en el velador.

—¿Nada más, señora O'Connor? ¿Seguro?

—Sí, sí, seguro…

—Estupendo… ¿Dice que el periódico estaba en el suelo?

—Sí…

—¿Y su marido parecía dormido? ¿Cómo estaba?

—Pues estaba…, estaba sentado… Como estoy yo ahora, y la… la cabeza caída sobre el pecho…

—¿Acostumbraba quedarse dormido así con frecuencia el señor O'Connor?

—No sé… No me había fijado nunca… No lo sé.

—Pero en un hombre de su edad eso sería corriente, ¿no le parece? ¿Cuántos años tenía exactamente?

—Cincuenta y nueve… —Francis se quedó mirando fijamente al teniente Tammer—. Yo tengo veintinueve.

—¿Cuánto tiempo llevaban casados?

—Once meses y pico… Casi un año.

—Naturalmente, se llevaban ustedes bien, ¿verdad?

—Sí… Bastante bien. Normal… Howard tenía el genio muy vivo,

pero era perfectamente soportable. Y en general era muy atento conmigo, muy considerado… ¿Por qué me hace esta clase de preguntas?

—El teniente Tammer —intervino calmosamente Farrell— es un policía clásico, querida Francis.

—¿Y eso qué… qué quiere decir? —Le miró ella.

—Pues que cuando es asesinado uno de los cónyuges, el primer sospechoso es el que queda vivo. ¿No es así, teniente?

Philip Tammer encogió los hombros.

—Supongo que es usted un buen abogado, señor Farrell.

—De lo mejor.

—Ah… ¡Caramba!

—Se lo digo porque de todos modos va a enterarse. Si no fuese de lo mejor, no habría tenido relaciones con Howard de ninguna clase. El siempre quería lo mejor: lo mismo para elegir socio, que amigo, abogado, o esposa.

—Lo cual es una clara muestra de inteligencia por parte del pobre señor
O'Connor.
Aparte de ser usted su abogado y amigo…, ¿qué clase de negocios tenían como socios?

—Varios y todos buenos: inversiones bursátiles, tres empresas constructoras, varios estacionamientos subterráneos, exportación de tabaco… Puedo hacerle una lista, si lo desea.

—Quizá se la pida más adelante. ¿Cuántos socios más tenía el señor
O'Connor
en, esas empresas?

—Lo bueno no abunda. Sólo éramos él y yo. Y podría decirle que todo era de él… al principio.

—¿Qué quiere decir?

—Todo era de él. Hace años, cuando entré a trabajar en una de sus empresas, se fijó un día en mí, ignoro por qué, y me llamó a su despacho. Me dijo que tenía un empleo con doble sueldo para mí, si yo era capaz de trabajar. Le dije que sí, naturalmente. Desde ese día, y durante casi un año, me hizo trabajar como una bestia… Llegué a trabajar, en ocasiones, jornadas de veintidós horas. Pasado ese año volvió a llamarme a su despacho y me dijo que me había

matriculado en la Universidad. Yo tenía entonces veinte años. Cuando fui abogado, me llamó de nuevo a su despacho, me dijo que estaba satisfecho de mí y de él mismo por haber sabido escoger, y me confió toda la parte legal de sus negocios. Luego me fue haciendo partícipe, regalándome acciones, pagándome un sueldo muy importante… Todo lo que tengo y soy se lo debo a él.

Tammer sonrió levemente.

—Yo diría, señor Farrell, que usted es un hombre que por sí solo habría conseguido también todo cuanto se hubiera propuesto.

—Lo cierto es que él rae ayudó.

—De donde se desprende que usted sólo tenía motivos de afecto hacia el señor
O'Connor.

—Sí.

—Me parece razonable su agradecimiento. ¿Qué pasará con esos negocios ahora que el señor
O'Connor
ha fallecido?

—Pasan a mí poder, con la única condición de pasar una renta de cien mil dólares anuales a la señora
O'Connor…,
mientras no vuelva a casarse. Así está establecido.

—¿Esto fue idea de usted?

—No. De él.

—En definitiva: usted es ahora un hombre millonario.

—Sí.

—¿Y la señora
O'Connor?

—La última vez que Howard me habló de su testamento me pareció que hacía una distribución muy razonable.

—¿Qué considera usted razonable?

—La palabra razonable sólo tiene un significado.

—Eso es razonable —dijo Tammer; y se quedó perplejo ante su propia redundancia.

—¿Ustedes no oyeron nada? —preguntó el sargento Lassaw, mirando a Carrie y Nelson.

—¡No, señor! —Se sobresaltó la doncella.

—Estábamos los dos en la cocina, charlando, mientras lo

preparábamos todo para la cena, sargento —dijo Nelson.

—¿Recuerdan, al menos, si la puerta-ventana del salón estaba abierta cuando el señor
O'Connor
entró allí?

—Sí… Sí, señor, estaba abierta. El señor
O'Connor
es…, era un hombre deportista y saludable. No le gustaba mucho estar encerrado. Bueno, quiero decir…

—Le entiendo, le entiendo. Caramba, yo diría que el asesino tuvo toda una serie de… afortunadas casualidades.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño Owens.

—Me parece que el sargento quiere decir —intervino de nuevo Tammer— que, según las apariencias, el asesino conocía las costumbres del señor
O'Connor.
¿No es así, Max?

—Ésas son las apariencias —musitó Lassaw.

—De donde se desprende —frunció aún más el ceño Farrell—, que quien mató a Howard era alguien que le conocía bien.

—Eso ha sido evidente desde el primer momento —entornó los ojos el teniente Tammer—. Un desconocido no viene a matar a una persona sin más ni más cuando está leyendo el periódico. Sería diferente si, por ejemplo, el señor
O'Connor
hubiese estado en su despacho y hubiésemos encontrado abierta la caja fuerte, la mesa saqueada… Eso podría hacernos pensar en un robo con homicidio quizá forzado por las circunstancias… Pero no. No. Salvo que las investigaciones que van a seguir nos demuestren lo contrario, yo digo que esto ha sido un asesinato en primer grado. Premeditado, bien pensado, planeado.

—Eso limitará mucho el círculo de sospechosos —dijo con gran calma Owens Farrell.

—Sin la menor duda. Y quizá usted pueda ayudarnos, señor Farrell.

—Le aseguro que me gustaría muchísimo. ¿Cómo puedo ayudarles?

—Usted conocía bien al señor

O'Connor y, por supuesto, estaba al corriente de todos sus negocios, inversiones, relaciones personales… ¿Se le ocurre el nombre de alguien que tuviera… motivos para querer deshacerse de él?

Owens Farrell se permitió reflexionar unos segundos, pero acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No. Howard era, quizá, un hombre duro, un hombre de negocios al nuevo estilo, a pesar de su edad. Le gustaba ganar y hacía todo lo posible por conseguirlo. Pero jamás nadie pudo acusarlo de haber jugado sucio, de haberle perjudicado voluntariamente o con mala fe… Mi respuesta es no.

—¿Y usted, señora O'Connor? ¿Cree que alguna de sus amistades podía odiar a su marido?

—¡Claro que no! —exclamó Francis.

—¿Por qué lo dice con tanta seguridad?

—Pues… Howard era un hombre… duro, como dice Owens, pero honesto y amable. Y hasta generoso. Tenemos muchos amigos, todos buenos… No, por Dios…, ¡claro que no!

Tammer y Lassaw cambiaron una mirada. De nuevo tomó la palabra Lassaw, mirando a Nelson y Carrie.

—¿No podría ser que el señor O'Connor abriese la puerta-ventana de la terraza porque estaba esperando a alguien, señor Nelson?

El mayordomo quedó perplejo.

—Lo dudo, sargento. En primer lugar, el señor O'Connor no me dijo nada a ese respecto. Y en segundo lugar, las visitas que vienen a esta casa entran por la puerta, no por la terraza.

—Excepto el asesino. —Medió Tammer; miró a Francis—: No quisiera parecerle brutal, señora O'Connor, pero ¿podría decirme los nombres de esas amigas con las que se encontró y que dieron lugar a que usted llegase a casa más tarde de lo acostumbrado?

—De lo acostumbrado, no —puntualizó Francis—. Llegué más tarde de lo que le agradaba a Howard, lo cual no es lo mismo. Las

amigas cuyos nombres quiere usted saber son Margaret Dowers y Betsy Lancaster.

—Gracias. Ustedes dos —miró Tammer a los criados— estaban en la cocina cuando la señora O’Connor llamó, a pesar de tener llave…

—No la encontraba —abrió mucho los ojos Francis—. Estaba tan nerviosa que…

—Lo comprendo, señora. En cuanto al señor Farrell, hasta que recibió la llamada estaba en su apartamento, solo… ¿Desde qué hora, señor Farrell?

—Desde las siete, más o menos. El portero me vio llegar.

Se quedaron mirándose fijamente. Tammer forzó una seca son risita.

—¿Tiene salida de servicio el edificio donde usted vive, señor Farrell?

—Sí. —Owens correspondió con una sonrisita no menos seca—. Y ciertamente, se puede salir por ella sin que el portero lo sepa.

—Bueno, no se tome a mal mis preguntas, señor Farrell. Es que…

—Usted está haciendo su trabajo. Eso es algo que puedo comprender perfectamente, teniente.

—Muy bien… ¿Hay caja fuerte en este despacho?

—Detrás de aquel cuadro —señaló Owens.

—Aparte del señor O’Connor, ¿quién más sabe abrirla?

—Yo mismo —admitió Owens.

—¿Quién más?

Francis y Owens cambiaron una mirada de consulta. Luego, los dos movieron negativamente la cabeza.

—De acuerdo, nadie más —comprendió Tammer—. ¿Sería tan amable uno de ustedes de abrirla ahora?

—Yo lo haré, Francis —se ofreció Owens.

Apartó el cuadro señalado, marcó el número de la combinación y abrió la puerta de acero. Tammer se acercó, mirando la caja con curiosidad. Conocía la marca, de gran prestigio, y una solidez que causaría el desánimo a cualquier ladrón. Ni siquiera necesitó sacar

nada, porque desde allí mismo veía dentro los fajos de billetes, una pistola, joyas, documentos… Haciendo un cálculo muy superficial, en la caja habían más de doscientos mil dólares, entre joyas y dinero.

Se volvió.

—¿El señor
O'Connor
tiene siempre tanto dinero en la caja, señora?

—Sí… Acostumbra tener bastante.

—¿Y usted guarda siempre sus joyas aquí?

—Sí, sí… A los dos nos parecía el lugar más seguro.

—Yo diría que lo es —admitió Tammer—. Y también digo de nuevo que estamos ante un caso de asesinato en primer grado. Dadas las circunstancias…

La puerta del despacho volvió a abrirse tras sonar en ella unos golpecitos, y uno de los agentes de Tammer apareció en el umbral.

—Teniente —llamó.

Tammer se acercó, y estuvo unos segundos escuchando los murmullos del hombre. Luego, se volvió, hizo una seña al sargento Lassaw, y éste abandonó el despacho, en pos de su jefe y del otro policía.

Durante unos segundos, reinó el silencio en el despacho. De pronto, se oyó el suspiro de Francis
O'Connor.

—Dios mío, es horrible… ¿Qué voy a hacer ahora?

—Ante todo, no perder la serenidad —musitó Owens—. Por lo demás, si te refieres a tu situación, ya sabes que no tienes que preocuparte.

—Oh, no me refería a eso, Owens. Es que… No… no sé qué… qué debo hacer, estoy asustada…

—¿Quieres que me quede en la casa unos días? —propuso Farrell—. De todos modos, habrán asuntos que resolver, visitas que recibir…

—Sí… Y yo no sabría qué hacer. Por favor, Owens, sí, quédate unos días… Los que quieras.

—Tranquilízate. Yo me ocuparé de todo. Mucho me temo que el teniente Tammer ordene la autopsia de Howard. Es la Ley… Pero aún así, creo que mañana estará todo listo, así que me ocuparé del

sepelio, en primer lugar.

—Estás… estás tan tranquilo, Owens… Viéndote a ti, parece que no haya ocurrido nada… ¿No sientes la muerte de Howard?

Owens Farrell se quedó unos segundos mirando fijamente a la viuda. Luego, sin haber dicho una sola palabra, bajó los párpados, y la posibilidad de adivinar sus pensamientos por la expresión de sus ojos se esfumó.

El teniente Tammer regresó al despacho un par de minutos más tarde.

—Según el médico forense —dijo— el señor
O'Connor
hace tan poco que ha muerto que incluso podría haberle asesinado la señora
O'Connor.

Francis quedó lívida, respingó, sus ojos se desorbitaron…

—Tenga cuidado con lo que dice, teniente —advirtió Farrell.

—Me parece que me he expresado mal —se disculpó Tammer—. Verá usted, señor Farrell, a veces, hasta los policías nos dejamos impresionar por la literatura policíaca y las triquiñuelas de los asesinos. Lo que quería decir es que el señor
O'Connor
murió muy poco antes de que llegase la señora
O'Connor.
Sabemos eso porque según las explicaciones del señor Nelson, cuando él vio el cadáver, la sangre ya estaba bastante seca, formaba una costra como de… chocolate. ¿No es eso lo que dijo usted, señor Nelson?

—Sí, señor… —Tragó saliva el mayordomo—. Jamás volveré a probar el chocolate.

—Lo comprendo. Como les decía, hacía tan poco que el señor
O'Connor
había muerto, que si la sangre no hubiese estado bastante seca, podríamos haber insinuado la teoría de que la señora llegó, entró, mató a su marido, escondió el arma, y luego gritó, etcétera. Pero, con la sangre ya seca, eso no era posible. El señor Nelson, en ese caso, habría visto… jugo de tomate, no chocolate. Según mis cálculos, señora
O'Connor,

usted llegó aquí a las ocho y diez, aproximadamente. Pues bien: a su marido lo habían matado a las ocho y cinco.

—E-e-entonces, no… no sospecha de… de mí…

—Por favor, señora… Claro que no. Y no sólo por eso de la sangre seca, sino porque hemos encontrado huellas en el jardín… Huellas de hombre. Es decir, de zapatos de hombre —miró a Owens, parpadeó, y bajó la mirada hacia sus pies—… Un hombre que debía calzar aproximadamente su número, señor Owens.

—Interesante —comentó Farrell, impávido.

—Las huellas se ven por el jardín, por detrás de los arbustos. Luego cruzan hasta la terraza… Dejan un pequeño rastro de tierra en el salón, hasta detrás del sillón donde fue asesinado el señor O'Connor.
Creemos que utilizaron un estilete, o, más exactamente aún, un punzón. Lo clavaron cinco veces en su garganta. Estamos seguros de que lo asieron por los cabellos, para inmovilizarlo, y entonces, ¡zas, zas, zas…!

—¡Cállese! —gritó histéricamente Francis, ocultando el rostro con ambas manos—. ¡Por Dios, cállese!

—Quizá se está usted excediendo, teniente —dijo Owens.

—Quizá. Pero más se excedió el asesino. ¿Saben qué hizo luego?

—¿Qué hizo?

—Limpió el punzón en el respaldo del asiento.

—¿Le parece raro eso?

—Pues… no. Es sólo que pensamos que es un asesino muy pulcro. Y con una sangre fría que para mí la quisiera.

—Quizá, simplemente, lo que quería era limpiar el punzón para no mancharse de sangre al guardarlo en un bolsillo —dijo Owens.

—Eso también es posible. Todavía tenemos un poco de trabajo en el jardín y en el salón, señora O'Connor, pero el cadáver ya puede ser trasladado…

—¿Le… le harán la autopsia…?

—Sí. Aunque ya sé que parece innecesaria, uno nunca sabe la de sorpresas que pueden surgir.

—Quisiera encargarme del sepelio —dijo Owens—… ¿Puedo prepararlo para mañana por la tarde?

—Desde luego. Nos veremos allí… Mientras tanto, sería

conveniente que ustedes no se alejasen demasiado, que podría necesitarlos en cualquier momento para hacerles unas preguntas que sin duda se me ocurrirán sobre la marcha.

—No abandonaremos la ciudad sin su permiso —aseguró un tanto irónicamente Owens Farrell.

—Lo bueno de tratar con abogados —dijo plácidamente el teniente Tammer— es que saben en todo momento lo que tienen que hacer. Voy a seguir con mi trabajo… Procuraremos terminar lo antes posible. Ah, temo que voy a ponerles una limitación: cerraremos el salón, y nadie podrá entrar en él, por el momento, sin mi permiso. Señora O'Connor, lamento mucho lo sucedido…, pero le aseguro que encontraremos al asesino.

CAPÍTULO III

Francis
O'Connor
se dejó caer en un sillón del despacho, y tras unos segundos de inmovilidad, fijos los ojos en el vacío, como fascinada, miró a Farrell, que permanecía en pie junto a la mesa.

—Bien… —murmuró—. Ya está. Nos hemos quedado sin él… ¡Dios mío, qué triste ha sido todo, Owens!

—Es lo lógico en un entierro —aseguró Farrell—. Creo que deberías retirarte a descansar, Francis.

—Pero sólo son las seis y media de la tarde…

—No importa. Anoche apenas dormimos ninguno de nosotros. Sube a tu habitación, tómate un sedante, y dedícate a dormir quince o veinte horas seguidas. Es lo mejor que puedes hacer.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Echaré un vistazo por el despacho, si no te molesta.

—Claro que no. Owens…, tú conoces el testamento de un modo completo, ¿verdad?

—Desde luego. Pero no hablemos de eso ahora. Ya te he dicho que no tienes que preocuparte por nada. Ve a descansar.

—Parece que tengas prisa por apartarme de ti…, como siempre —musitó ella, mirándole fijamente.

—Son figuraciones tuyas, Francis.

Ella se puso en pie, si dejar de mirarlo. Estaba pálida, pero tan hermosa como siempre. Vestida de negro, su blanca carne resaltaba de modo extraordinario, como sus rojos cabellos, sus verdes ojos… Era por demás evidente que el difunto Howard
O'Connor
siempre se había quedado con lo mejor.

—No son figuraciones mías —deslizó ella—. Desde el principio me di cuenta de que evitabas quedarte a solas conmigo.

—Francis, por favor…

—¿Estás enamorado de mí?

—No —negó Owens.

—No eres muy galante.

—Lo siento. Pero he dicho la verdad…, aunque éstos no sean momentos para hablar de un tema como ése.

—No podemos permanecer en silencio, como… como si estuviésemos muertos: de algo hay que hablar.

—Entonces, hablemos de otra cosa: ¿notaste algo raro en Howard últimamente?

—¿Algo raro?

—Podía estar nervioso, preocupado, atemorizado… En un estado de ánimo no habitual en él.

—No. Estaba normal. Un poco irritable, pero nada más… Pero no sé por qué me haces esas preguntas, ya que tú le veías tanto como yo, o más.

—En las últimas semanas, no, pues he tenido que dedicarme de lleno a unos nuevos asuntos, hacer algunos viajes… Todo esto es un poco absurdo, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A su asesinato. Que yo sepa, nadie sale beneficiado en modo alguno… Excepto tú y yo, naturalmente. Respecto a ti, no vale la pena ni hacer comentarios. En cuanto a mí, he ganado tanto dinero gracias a Howard, que actualmente incluso me parece estúpido luchar y trabajar para ganar más. Mucho menos iba a asesinar a mi mejor amigo, casi mi padre, simplemente para tener unos cuantos millones de dólares más en el banco…

—Creo que estás exagerando tu agradecimiento hacia Howard… Por ti mismo, habrías llegado adonde te hubieses propuesto, de todos modos.

—Quizá. Pero habría tardado bastante más. En cambio, gracias a él, podría retirarme ahora mismo, si quisiera. A los treinta y dos años, podría… comprar una pequeña isla en los Mares del Sur, y dedicarme a pescar y tomar el sol…

—¿Quieres que hagamos… tú y yo un viaje… a los Mares del Sur? Los dos solos, Owens: ya no tienes por qué evitar estar a solas

conmigo… Ni yo tengo que cerrar los ojos cuando tú estás, para que no se vea en ellos lo que siento y pienso…

Se había acercado a Owens Farrell, y se abrazó a su cuello. Un instante después, su roja y fresca boca se hundía en los finos y duros labios de Farrell, que notó en su pecho el calor del de ella, y su elasticidad. La fuerte respiración de Francis por la nariz se esparció como un aire tibio por el rostro de Farrell convertida en un suspiro…

La apartó.

—Si el teniente Tammer viese esto, pensaría muchas cosas peligrosas para nosotros —murmuró.

—¿Qué nos importa ese hombre? —jadeó ella.

—Realmente, nada. Pero a mí me importan mis sentimientos y pensamientos. Francis, no te equivoques: no te amo, no siento nada hacia ti… No compliques las cosas.

—¿Seguirás… rehuyendo mi compañía?

—Lo único que me interesa ahora es encontrar al asesino de Howard.

—¿Tú? —se sorprendió ella.

—Un buen abogado puede ser un buen investigador —dijo Owens—… Cuando menos, sabemos analizar los datos que poseemos.

—Pero tú no posees ningún dato…

—Los que mencionó la policía. Y todo este despacho para examinar… Quizá encuentre algo aquí.

—Entonces…, ¿me echas definitivamente?

—Te aconsejo que descanses —matizó él.

—Si cambias de actitud… estoy arriba, en mi cuarto.

Francis O'Connor abandonó el despacho, tras dirigir una relampagueante mirada a Owens Farrell. El cual, cuando se quedó solo, pasó por sus labios, fuertemente, el dorso de una mano, como queriendo arrancar de allí algo desagradable.

Luego, cerró la puerta del despacho. Lo primero que hizo fue abrir la caja fuerte, y sacar todo su contenido: dinero, joyas, documentos, talonarios, la pistola… Se quedó mirando la pistola, pero acabó por mover negativamente la cabeza.

¿Para qué podía querer él una pistola?

Por supuesto que podía usarla; sabía hacerlo a la perfección. Pero estaba seguro de que aquel asunto sólo podía ser resuelto con inteligencia, no con armas.

Pero a las tres de la mañana, su inteligencia no había captado nada que pudiese ayudarlo en aquellos documentos. Miró los que quedaban, movió la cabeza, y se puso en pie. Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo en seco.

No.

Nada de complicaciones.

Se tumbó en el sofá, y un minuto más tarde estaba profundamente dormido.

CAPÍTULO IV

Cuando despertó, Francis estaba allí, de pie junto a él, mirándole fijamente. Owens Farrell se sentó rápidamente en el sofá, y miró hacia la ventana del despache, llena de sol.

—¿Qué hora es?

—Las nueve… Te he traído el desayuno.

—Gracias… Pero no has debido molestarte. Carrie lo habría hecho más tarde.

—He preferido hacerlo yo.

—Está bien… ¿Qué tal has descansado?

—Bastante bien. ¿Por qué no has subido a dormir al cuarto que Nelson te había preparado?

—No lo sé —mintió él—… Me senté aquí para descansar unos minutos, y me quedé dormido.

—¿Has encontrado algo interesante en todos esos papeles? —señaló ella la mesa.

—No.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias. Conozco muy bien este despacho…

—Mejor que yo. AI fin y al cabo, hace muchos años que vienes a esta casa, y yo solamente uno. ¿No es eso lo que ibas a decir?

—Ni siquiera lo he pensado.

Se sentó a la mesa, acercó la bandeja, y tomó un sorbo de café, comió un par de tostadas con mantequilla y mermelada, sin prestarles la menor atención. Terminó el café, y encendió un cigarrillo… Mientras tanto, había estado mirando papeles y más papeles.

—¿Has terminado?

Alzó la cabeza.

—Sí, Francis, gracias. Yo mismo llamaré a Carrie para que retire el servicio.

—Yo lo haré. ¿De verdad no puedo ayudarte?

—De verdad, Francis.

—Creo… creo que saldré a dar un paseo…

—Es lo mejor que puedes hacer —aprobó Owens—. Te sentará bien, te distraerá… Buena idea.

—Ni siquiera pienso venir a almorzar.

Owens la miró sorprendido.

—Estás en tu derecho de hacer lo que gustes, querida. Sin dar explicaciones a nadie.

Francis O'Connor tomó la bandeja, y salió un tanto impetuosamente del despacho, seguida por la mirada de Farrell, que se deslizó por sus caderas, por sus piernas… Acabó por encoger los hombros, y reanudó el trabajo que había quedado pendiente a las tres de la madrugada.

Hasta las once y media, había recibido no menos de doce llamadas telefónicas de los empleados de su bufete y de sus negocios, haciendo diversas consultas. A esa hora, a las once y media, sonó la llamada a la puerta del despacho.

—Sí, adelante —autorizó.

Nelson apareció.

—Señor Farrell, hay una señorita que quiere verle.

—¿A mí? ¿Quién es?

—La señorita Todd.

—¿Todd? Todd, Todd… No recuerdo conocer a una señorita que se llame así, Nelson.

—Bueno, es que ella no ha preguntado realmente por usted, sino por la señora. Dice que ya sabe por los periódicos lo ocurrido al señor O'Connor, y que venía a ver a la señora. Le he dicho que la señora salió esta mañana, y que no sabemos cuándo regresará… Me ha parecido tan contrariada que le he sugerido que quizá usted podría recibirla.

—Bien… De acuerdo, hágala pasar.

Nelson se retiró. Regresó segundos después. Owens Farrell oyó los pasos acercándose, y alzó la cabeza, mirando con escasísima

curiosidad hacia la puerta.

Y entonces, Owens Charles Farrell, de treinta y dos años de edad, abogado, hombre luchador, hermético, sereno, duro y desconfiado desde que a muy temprana edad se dio cuenta de la jungla en que tenía que vivir, se puso instintivamente en pie, mientras notaba un desconocido y terrible vacío en el estómago.

—La señorita Todd —anunció Nelson.

Durante unos segundos, quizá demasiados, Owens estuvo mirando a la muchacha como si no existiese nada más en el mundo. Era rubia, de ojos color violeta, y boquita sonrosada. Su piel no era blanca, sino dorada, como si le hubiese robado algo de su resplandor al mismísimo sol. La figura era de una belleza y delicadeza tal, que resultaba increíble.

Por fin, Owens parpadeó, y señaló un sillón a la muchacha, que le contemplaba como asustada.

—Por favor, siéntese, señorita Todd… Es un placer conocerla.

—Gracias —ella se sentó, y parpadeó también.

Sus ojos eran tan grandes, tan limpios, tan hermosos y brillantes que… sí, parecían… violetas recién humedecidas por el rocío, de la mañana que… Owens Charles Farrell sacudió la cabeza, y como rió sabía qué decir, ofreció:

—¿Un cigarrillo?

—No… No fumo.

—Ah… Eso quiere decir que vivirá más años que yo. Y más sana. Sí…, eso es. Mmm… ¿Quería usted ver a la señora
O'Connor?

—Sí, señor. Me envía el profesor Waggins.

—Ah… El profesor Waggins… ¿Quién es?

—Pu… pues. Bueno… El profesor Waggins es…

—No vaya a decirme que el profesor Waggins es el profesor Waggins —sonrió Owens.

—Es lo que iba a decir —admitió ella—. ¿Cómo podría explicárselo? El profesor Waggins tiene un laboratorio, yo trabajo para él, y eso es todo.

—Ya. ¿Qué clase de laboratorio? ¿Qué hacen en él?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? —se sorprendió Owens.

—Yo trabajo en el despacho: recibo cajas, pago facturas, atiendo

llamadas telefónicas, hago recados diversos…

—Entiendo. Bien, el mayordomo ya le ha dicho que la señora O'Connor
no está, y que no sabemos cuándo regresará. Yo soy Owens Farrell, amigo íntimo de la casa, y abogado del señor
O'Connor.
¿Puedo servirla en algo?

—¿Es verdad… que lo han… lo han…?

—Lo han asesinado —asintió Farrell—. ¿Le conocía usted, señorita Todd?

—No… No, no.

—Pero sí conoce a la señora
O'Connor,
claro.

—No… Tampoco. En realidad, yo sólo he venido a recoger un sobre, si es que lo tienen preparado.

—¿Un sobre?

—Quizá esté a nombre del profesor Waggins. El me ha dicho que era mejor que viniese yo a recogerlo en lugar de enviarlo por correo.

—Pues no sé… ¿Cuál es la dirección a que habría que enviar ese sobre?

—La del laboratorio: 680, Robert E. Lee Boulevard. Bueno, eso supongo.

—¿Es la primera vez que viene usted a recoger un sobre aquí?

—Sí, claro.

—Claro… Mire cómo está esta mesa de papeles de toda clase, señorita Todd. Quizá el sobre esté entre ellos, pero no será fácil encontrarlo. Ocurre que anoche reuní aquí encima todo lo que había en la caja fuerte, en la mesa, en los archivos. Terrible.

—Sí, lo comprendo. Quizá sería mejor que volviese en otro momento.

—Sí, quizá. ¿Qué contiene ese sobre? Porque según lo que contenga tendrá un tamaño u otro, y eso podría ayudarnos a localizarlo antes en esta montaña… ¿Qué contiene?

—No lo sé. Todo lo que sé es que tenía que pedirle a la señora O'Connor
que mirase si el señor

O’Connor
había dejado en el despacho un sobre dirigido al profesor Waggins. Pero ya veo que todo esto está muy complicado… ¿Cuándo le parece que vuelva?

—No sé. ¿Qué le parece si me da su número de teléfono? En cuanto encuentre ese sobre, la llamo. ¿Le parece bien?

—Oh, sí, muchas gracias… Se lo apuntaré.

La muchacha apuntó el número en un folio que le tendió Farrell, y éste lo guardó en el cajón central, tras echarle un vistazo. Cuando miró a la muchacha, ella se había puesto en pie, y le tendía la mano. Farrell se puso en pie como un rayo.

—Adiós, señor Farrell. Gracias por todo.

—No hay de qué… Señorita Todd: ¿cuál es su nombre de… confianza?

—Anne Katherine —sonrió ella—. ¿Piensa utilizarlo?

—¿Me lo permitiría? —sonrió a su vez Farrell.

Anne Katherine Todd miraba fijamente a Owens Charles Farrell, que se dio cuenta de que la muchacha, tras la primera impresión, estaba sorprendida. Seguramente, encontrar a un hombre que le preguntaba si le permitiría llamarla con… confianza, era algo así como encontrarse un diplodocus en un bocadillo, para ella.

—Claro que sí —murmuró Anne Katherine—… Adiós, señor Farrell.

—Adiós…

Owens Charles Farrell quedó de nuevo solo. Terriblemente solo. Desconsoladoramente solo. Tristísimamente solo. Al menos, así se lo pareció, por primera vez en su vida. Frunció el ceño hoscamente.

—Estaría bueno —masculló—. ¡Estaría bueno!

Y dirigió su voluntad hacia el trabajo que todavía le quedaba por hacer.

Hacia la una, almorzó, sin que Francis hubiese regresado. Luego, durmió hasta las tres, y a esa hora reanudó el trabajo, que parecía que no iba a dar fruto alguno.

Pero, hacia las cuatro y media, Owens Charles Farrell se irguió, lanzando una exclamación. Su mirada fue de una a otra de las columnas de números que había estado sumando. Ambas columnas tenían que dar el mismo resultado, pero no era así… Claro que podía haberse equivocado en una de las sumas… O en las dos. Es

muy fácil equivocarse en una suma. Las repasó, despacio, asegurándose muy bien antes de subrayar cada número como correcto.

Cuando terminó esta aburridísima tarea, nada había cambiado: entre una y otra columna había una diferencia de un millón doscientos mil dólares. Un millón doscientos mil dólares que debían estar en el activo de Howard O'Connor…, pero que no aparecían por parte alguna. Tenía que llegar a una conclusión tajante: un millón doscientos mil dólares no desaparecen sin más ni más. Podía admitir esto en unos miles de dólares. Quizá hasta cien mil… ¡Pero un millón doscientos mil dólares…!

—Calma —se dijo—. Calma, y vuelve a empezar.

Volvió a empezar. Resultado al terminar: a Howard O'Connor le faltaban un millón doscientos mil dólares… en efectivo. En dinero. Inmediatamente, buscó los talonarios de cheques, y en pocos minutos, vio las salidas, anotadas. Cada salida era de cien mil dólares, y la primera databa de un año antes.

Sin prisas, serenamente, comenzó a colocar cada cosa en su sitio. Un año… Ése era aproximadamente el tiempo que hacía que Howard se había casado con Francis Ellison. A partir de ese momento casi exacto, cada mes, Howard había retirado cien mil dólares de su cuenta corriente.

A las cinco y media regresó Francis O'Connor, de soltera Ellison. Farrell la vio, porque estaba muy interesado en ese regreso, mirando por la ventana del despacho. Cuando ella entró en la casa, él la estaba esperando en el vestíbulo.

—Francis, ¿puedes venir un momento, por favor? —llamó.

Cerró la puerta cuando los dos estuvieron en el despacho, y se quedó mirándola fijamente.

—No pienso decirte dónde he estado —dijo ella, irritada.

—Eso no me interesa, ni estás obligada a hacerlo. La única persona que podía pedirte cuentas de la distribución de tu tiempo ya no existe… ¿Tienes dinero?

—¿Qué? —Se pasmó Francis.

—Te pregunto si tienes dinero propio.

—Sí… Claro. Howard me abrió una cuenta en…

—¿Cuánto dinero tienes? En efectivo.

—Pues no sé… Me parece que unos veinte mil dólares.

—¿Nada más?

—Tengo suficiente para mis pequeños gastos. Una de las cosas que no se pueden decir de Howard es que fuese tacaño.

—Lo sé muy bien. Francis: faltan un millón doscientos mil dólares en la cuenta corriente de Howard.

—¿Estás loco? —exclamó ella.

—No.

—Pe… pero… ¡doscientos mil…!

—No, no, no. No doscientos mil, sino un millón doscientos mil dólares. ¿No sabes nada de ese dinero?

—¡Claro que no! —chilló Francis—. ¡Y ese dinero tiene que estar ahí, no puede haber desaparecido!

Owens Farrell se dejó caer en un sillón, y quedó pensativo unos segundos, antes de preguntar:

—¿Conoces a un tal profesor Waggins?

—No… No.

—Tiene un laboratorio en el 860 de Robert E. Lee Boulevard. Haz memoria.

—No le conozco. Estoy segura. ¡En cuanto a ese dinero…!

—Esa desaparición no afectará tu fortuna —gruño Owens—. Pero quizá sea la clave de lo que ha sucedido. ¿Conoces a alguien llamado Anne Katherine Todd?

—No…

—Es una joven muy… bonita. Estuvo aquí esta mañana, preguntando por ti, ya que sabía que Howard había muerto. Dijo que venía a buscar un sobre.

—No tengo ni idea de lo que estés diciendo.

—Bien… No he podido encontrar los cheques de cien mil dólares que Howard fue extendiendo durante un año. Y es obvio que el Banco se los fue devolviendo a medida que los pagaba. ¿Se te ocurre dónde pueden estar?

—No.

Farrell quedó de nuevo pensativo. Luego, fue al teléfono, descolgó el auricular, mareo un número.

—¿…?

—Quisiera hablar. ¿Es usted, señorita Todd?

—¿…?

—Sí, en efecto, soy Owens Farrell. Son casi las seis, así que temí no encontrarla. ¿El profesor Waggins está ahí?

—Estupendo. ¿Le parece que podría recibirme?

—¿No? Vaya… Mire, señorita Todd, dígale al profesor Waggins que salgo para allá. Y usted disculpe si cuelgo antes de escuchar sus negativas… ¿Qué?

—Oh… Bueno, de acuerdo, si él acostumbra trabajar hasta las ocho más o menos, yo estaré ahí a las ocho % media. Gracias por su amabilidad.

Colgó, suspiró con no poco cansancio y volvió a sentarse en el sillón.

—¿Para qué quieres ir a ver a ese profesor? —preguntó Francis.

—Es una corazonada.

—¿Qué clase de corazonada?

—Pienso que quizá ese sobre que vino a buscar la señorita Todd debía contener un cheque por cien mil dólares. Hasta hace poco, es posible que Howard le fuese dando esos cheques a Waggins, y éste, al enterarse de su muerte, quizá cuando estaba a punto de recibir el próximo cheque, envió a la señorita Todd a buscarlo, con la esperanza de que Howard lo tuviese ya preparado y tú se lo entregases. Si así fuese, la pregunta sería: ¿por qué Howard le entregaba cada mes cien mil dólares al profesor Waggins? ¿Tú sabes algo?

—Claro que no.

—Voy a darme un baño… Luego me cambiaré de ropa, daré un poco de tiempo a Waggins mientras paseo, y a las ocho y media iré a verle, tal como le he dicho.

—¿Crees que debo ir yo?

—Tienes derecho a venir —sonrío cansadamente Farrell—, pero pareces muy cansada. Sería mejor que descansases. ¿Qué has estado haciendo todo el día por ahí?

—Paseando… —Francis bajó la cabeza—. Y pensando.

—Pensar es para la cabeza tan bueno tomo hacer gimnasia para el cuerpo. Hasta luego. Francis No me esperes a cenar.

CAPÍTULO V

El 860 de Robert E. Lee Boulevard era una casa más bien pequeña, pero junto a la cual, en el descuidado jardín lleno de matorrales, se había construido un feo edificio bajo, de dos vertientes, con pocas ventanas, y que a Owens le recordó el aspecto de una granja.

«Ése debe ser el laboratorio», se dijo.

Siguió con el coche un poco más arriba, hasta encontrar un lugar para estacionarlo. Luego, regresó a pie hacia la casa-laboratorio. Parecía que no había nadie allí, pero sí debía haber alguien, porque vio cuatro coches estacionados uno junto a otro, a la derecha de la entrada. Si lo hubiese sabido antes, no habría ido a dejar su coche más arriba…

Cruzó la entrada, mientras un coche se detenía delante mismo, y dos hombres se apeaban de él. Les dirigió una mirada indiferente, por encima del hombro, y continuó caminando hacia la casa.

—¡Eh, oiga…!

Se volvió. Los dos hombres caminaban hacia él. Eran dos tipos altos y fuertes, con caras un tanto torvas, pero que sonreían amistosamente.

—¿Qué desean?

—¿Busca usted al profesor Waggins?

—Sí… En efecto.

—No lo encontrará por ahí. Venga por aquí: nosotros también vamos a hacerle una visita… Somos periodistas. ¿Es la primera vez que lo visita?

—Sí.

El hombre que hablaba señaló hacia la derecha de la casa, vista de frente, es decir, hacia el lado donde estaban los coches.

—No admite visitas si no es por la puerta de atrás, la de la

cocina. En estos momentos debe estar tomando una cerveza… Está un poco majareta, ¿sabe?

—No lo sabía… —Casi sonrió Farrell—. ¿Qué clase de laboratorio es éste? ¿Qué hacen en él?

—Si usted consigue esa información del viejo chivo, nosotros se la compramos por mil dólares —dijo el otro—… Y estoy hablando en serio. Ésta es la séptima u octava vez que venimos, y el muy… tal no ha soltado prenda. Por aquí, por aquí.

Tomó a Owens de un brazo, familiarmente, y le hizo doblar la esquina de la casa, de modo que quedaron ocultos, a las casuales miradas que pudiesen llegar desde la calle. Inmediatamente, el otro se adelantó, sacó una pistola, y golpeó a Owens en los riñones, con tal fuerza que lo derribó de rodillas. El rostro de Owens quedó del color de la leche, sus ojos se desorbitaron… Cuando recibió el segundo golpe en el mismo sitio, sintió un espantoso frío en la cara, que le pareció que se estiraba, se distorsionaba, se desencajaba… Pero aún más espantoso era el dolor en la espalda, que parecía estar rompiéndose en mil pedazos. Pese a todo, aún tuvo fuerzas para volver la cabeza, para mirar a los dos hombres… Sólo vio unas cuantas manchas oscuras, y como de muy lejos, le llegó la voz:

—Caray con el tío este… ¡Dale otra vez!

Casi desvanecido, comprendió lo que quería decir esto, e intentó moverse, desplazarse, huir… Pero el tercer golpe también le acertó en el mismo sitio, y súbitamente la oscuridad de la noche pareció espesarse. Dejó de ver las luces eléctricas, los faros de los coches, las luces rojas de posición…

Una negrura total, sobrecogedora.

Los dos sujetos se quedaron mirándolo unos segundos, como esperando que aún reaccionase.

—Ya está listo. Es un hueso duro, ¿eh?

—Sí… Yo traeré su coche. Tú entra el nuestro… Y no te duermas. Podría salir alguien de la casa en cualquier momento.

El último en hablar se arrodilló junto a Farrell, le registró hasta encontrar las llaves del coche, y se fue pos del otro. Cuando llegó allí, tras dejar el coche delante de los cuatro estacionados, su compañero le había precedido… Se miraron, y el último en llegar lanzó una maldición ahogada.

—¿Para qué demonios teníamos que entrar aquí los dos

coches…? Ayúdame a meterlo en el suyo, y tú ven detrás.

Asieron a Farrell por los brazos y las piernas, y lo tiraron al asiento de atrás de su propio coche, a cuyo volante se puso el que parecía tomar las decisiones. Sacó el coche de allí, y su compañero le siguió, en el de ellos, conduciendo por Robert E. Lee Boulevard hacia la salida este de Nueva Orleans.

CAPÍTULO VI

Seguramente, contribuyó a despertarle la sacudida del coche al detenerse. Abrió los ojos, pero no vio nada. Subconscientemente, pensó que no había abierto los ojos, así que forzó más los párpados… Luego, parpadeó. Los tenía abiertos, no cabía duda…

—Este sitio está bien —oyó—… Vamos a prepararlo todo. Y deprisa. Si despierta tendremos que golpearle más, y eso no interesa.

Oía perfectamente las palabras, pero no comprendía su significado. ¿Qué era lo que había que preparar? No podía entenderlo. Pero una cosa sí la entendió muy bien: si despertaba le iban a golpear de nuevo. Entonces recordó los golpes en los riñones, aquel dolor insoportable, aquella negrura en la que se había precipitado…

¿Aún no había salido de ella? ¿Dónde estaba?

Lo movieron del asiento, y estuvo a punto de gritar de dolor, pero pudo contenerse. Sabía que si despertaba, si ellos se daban cuenta de que ya lo había hecho, volverían a golpearle. Quedó tendido de lado en el asiento, con la cabeza en el contiguo. Entonces vio las estrellas. Eso era: estaba tendido de costado entre dos asientos de un coche, y a través del parabrisas veía el cielo estrellado…

—¿Lo has puesto ahí?

—Sí. Lo encontrarán fácilmente. Quítale el zapato y colócalo de modo que quede apretado el pedal del gas… Creerán que con el choque se le ha salido del pie.

—Sería mejor utilizar una tabla, o algo así.

—No podemos. Si encontrasen la tabla algunos policías un poco listos, podrían sospechar algo: tiene que ser con el zapato.

—Maldita sea…

Había cerrado los ojos. Notó cómo le quitaban el zapato del pie derecho, moviéndole la pierna con tal rudeza que se consideró una res a punto de descuartizar… Y eso era lo que iban a hacer. Las ideas se iban aclarando en su mente. Iban a lanzarlo con el coche contra algo, iba a chocar con algo… Y tenía que parecer un accidente.

—Yo rociaría el coche con gasolina, Heyman.

—No. Se nota si ha sido rociado, y si el incendio ha sido debido a la explosión del depósito. No jorobes más y hagamos las cosas tal como las hemos pensado. Y cuanto antes, mejor.

—Está bien, está bien… Cierra esa puerta, yo me encargo de estropear el cierre de ésta.

¡Blam! Sonó la portezuela que estaba más cerca de la cabeza de Owens. A su derecha, hacia abajo, oía el jadeo del otro sujeto. Debía estar colocando el zapato de modo que apretase el pedal del gas. Entonces, sólo tendrían que poner en marcha el motor, y el coche se movería, solo, con él dentro, hacia…

¿Hacia dónde?

—Esto ya está —sonó la voz muy cerca de él—. Voy a poner en marcha…

De pronto, una intensa luz llegó por detrás, inundando el interior del coche. El hombre que estaba hablando lanzó un respingo, se movió velozmente, y Owens oyó el golpe y la maldición.

—¡Maldita sea! —Oyó al otro, afuera.

Enseguida, un claxon comenzó a sonar, con fuerza, ininterrumpidamente…

Owens Farrell no esperó a saber lo que sucedía. Sabía lo que querían hacer con él, y lo demás no importaba. Se incorporó como pudo en el asiento, mucho más deprisa de lo que a él mismo le pareció, localizó las llaves en el encendido, y puso en marcha el motor, apretando inmediatamente el pedal del gas.

El coche saltó con fuerza, y debido a su impulso, la portezuela, que había quedado abierta, se cerró… Detalle que a Owens le tenía sin cuidado, pues todo lo que quería hacer era aprovechar el momento favorable para librarse de la muerte.

Estaba apretando el pedal del gas a fondo cuando, bruscamente,

se dio cuenta del error que estaba cometiendo, al ver dónde se hallaba, gracias al resplandor de la intensa luz que había llegado por detrás: se hallaba en un camino de tierra que descendía suavemente… Y delante de él, vio el brillo del agua…

Demasiado tarde.

El coche iba tan lanzado, la revelación fue tan inesperada, que ya no tuvo tiempo ni siquiera de pensar en frenar.

El coche se venció hacia delante, de pronto, con fuerte chapoteo, y Owens salió disparado contra el cristal parabrisas, rebotando duramente. Por un instante, su cabeza se llenó de lucecitas, pareció quedar flotando en vertiginoso giro.

Al instante siguiente, estaba rodeado de la más densa oscuridad, y en alguna parte oía un «glu-glu-glu» rápido y fuerte. Se dio cuenta de que estaba mojándose… Y la comprensión de lo que estaba sucediendo lo dejó paralizado de espanto unos segundos: estaba dentro del coche, que había caído a un pantano y se estaba llenando de agua que penetraba por una de las ventanillas, cuyo cristal estaba bajado solo unos centímetros.

Quiso abrir la portezuela, pero no pudo. Desesperado, empujó con más fuerza, y le pareció que cedía. Empleando ya toda su fuerza, empujó de nuevo, abrió la portezuela…, y una gran cantidad de agua comenzó a entrar impetuosamente, desplazándolo.

Dejó de empujar, y la puerta volvió a su sitio, pero el coche estaba ya muy lleno de agua…

En aquel mismo instante, Owens Charles Farrell recuperó, de modo sorprendente, toda su habitual serenidad. Lo que había estado haciendo hasta entonces eran errores, unos tras otros.

Ya no iba a cometer ninguno más.

Se quedó quieto un instante, reflexionando, utilizando toda su voluntad, dominando el miedo. Luego, ya con agua hasta la cintura, se volvió hacia la ventanilla de la portezuela de su lado, y comenzó a bajar el cristal, lentamente, permitiendo que el agua entrase cada vez en más abundancia, aguantando serenamente su impulso, colocado de lado en el asiento. Esperó a que le llegase hasta el cuello, tomó aire, y bajó más el cristal.

La inundación fue total en pocos segundos.

Luego, el silencio completo, la inmovilidad de todo.

Entonces, Farrell volvió a empujar la portezuela para abrirla,

cosa que consiguió con relativa facilidad, y salió del coche, impulsándose hacia arriba.

Apareció en la superficie, casi gritando, abriendo la boca, llenándose los pulmones de aire…

Y se quedó allí, flotando, aturdido. La luz llegaba por detrás, así que giró. Vio el potente haz, a un nivel superior al que ocupaba él.

Recortándose en esa luz, una silueta, que se movía Y entonces se dio cuenta de que estaba oyendo una voz muy excitada, pronunciando su nombre:

—¡Señor Farrell, señor Farrell…!

La silueta corría hacia allí, hacia él, hacia el pantano. Una silueta femenina que, sin saber por qué, Owens identificó en el acto.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Aquí!

Comenzó a nadar hacía aquella silueta, y muy pronto sus rodillas tocaron algo un poco más sólido que el agua. Se colocó sobre ellas, pero se hundió casi un palmo en el fino lodo del fondo, y volvió a colocarse horizontalmente…

—¡Señor Farrell! —Llegó Anne Katherine Todd al borde del pantano—. ¡¿Está bien?! ¡Le voy a ayudar a salir…!

—¡No se acerque más! —gritó Owens.

Pero la muchacha había entrado ya en el pantano, tendiendo las manos hacia él. Lo que sucedió lo había temido instintivamente Owens Farrell: los pies de la muchacha se hundieron en el blandísimo lodo, ella perdió el equilibrio, y cayó hacia delante, muy cerca de él, con fuerte chapoteo, gritando. Enseguida giró, y se colocó de rodillas. Farrell vio el brillo de sus ojos, muy abiertos.

—¡No se quede de rodillas! —gritó—. ¡Haga lo mismo que yo!

Continuó nadando con suavidad hacia la orilla, hasta que tocó el fondo con el vientre. Se puso en pie entonces, y se volvió hacia la muchacha, tendiéndole las manos.

—Agárrese a mí —jadeó.

Quedaron asidos de las manos, y Owens la arrastro hasta donde pudo ir deslizándola sobre el lodo. Luego, la ayudó a ponerse en pie y a conservar el equilibrio, sujetándola por la cintura, y caminaron hacia la orilla, hasta que sus pies tocaron la solidez de la tierra.

Se detuvieron, y Anne Katherine se abrazó a él, lanzando un gritito.

—Cálmese… —jadeó Farrell—. Todo está bien, señorita Todd.

Vámonos de aquí, pronto…

La tomó de una mano, y emprendieron la ascensión por el levemente inclinado camino de tierra…, pero bruscamente Farrell se echó a un lado, dejándose caer de rodillas, arrastrando a la muchacha, que gritó asustada.

—¡Ssst! —exigió Owens—. ¡Esos hombres deben estar armados, y si nos…!

—Se han ido —tartamudeó ella—. ¡Se fueron enseguida, con el coche!

—¿Está segura?

—Sí, sí…

—¡Pues hagamos lo mismo!

—Su coche…

—¡Al diablo el coche! Tengo más…

Se pusieron en pie, él volvió a tomarla de la mano, y siguieron camino arriba, hasta llegar a la carretera, que seguía intensamente iluminada por las luces. La carretera era bastante estrecha, no muy bien cuidada, pero de asfalto… Mientras corrían hacia el coche, Owens Farrell iba comprendiendo lo que había estado a punto de ocurrir: le habían llevado a una carretera de poquísimo tránsito, habían encontrado el camino que salía de ella hacia el pantano, y allá habían preparado las cosas de manera que el coche rodase camino abajo, se hundiese en las cenagosas aguas, con él dentro, una puerta cerrada, y… y no habían tenido tiempo de terminar la escenificación del «accidente», gracias a la oportunísima aparición de aquella intensa luz…, que pertenecía a los focos del coche hacia el que corrían.

—Yo conduciré —dijo entrecortadamente Anne Katherine, ya muy cerca ambos del coche.

Segundos después, estaban en el asiento delantero, ella ante el volante, y comenzó a maniobrar…

—¿Qué hace? —exclamó Owens.

—Es que aquellos hombres fueron hacia delante, y creo que es mejor que vayamos en dirección opuesta.

—Sí Claro. ¿Dónde estamos?

—No lo sé con seguridad —la muchacha terminó de maniobrar segundos después, y terminó—. ¡Pero sí sé por dónde se vuelve a la ciudad!

—Apague las luces largas —murmuró él—… Y no vaya a ponerse nerviosa ahora: sería tonto que nos matásemos.

—Sí… Sí…

Anne Katherine bajó las luces, y se serenó, comenzó a conducir con normalidad, sin acelerones, mientras Owens miraba hacia atrás. Un minuto más tarde dejó de hacerlo, y lanzó un suspiro.

—Tengo los riñones hechos papilla —dijo; la miró de pronto—. ¿Qué hace usted aquí?

—Los seguí.

—¿Cómo dice? —Se pasmó Farrell.

—Usted dijo que iba a venir hacia las ocho y media, y yo estaba… mirando por una ventana, esperándole. Le vi llegar, y me pareció que debía salir a recibirlo. Cuando salí, vi a los dos hombres, caminando con usted hacia un lado de la casa, y… y vi cómo le pegaban. Me quedé tan asustada que no conseguí reaccionar… hasta que los dos salieron a buscar los coches…

—¿Y qué hacía usted mientras tanto?

—Fui adonde estaba usted, pero no conseguí reanimarlo. Entonces oí que regresaban, y me escondí. No sé cómo no me vieron… ¡Estaba tan cerca de ellos! Lo metieron en el coche, y se fueron con los dos…

—¿No se le ocurrió gritar, o avisar a la policía? —Gruñó Owens.

—Sí, sí… Pero si hubiese gritado, quizá nos habrían matado a los dos, pues vi que tenían pistolas. Y si hubiese ido a avisar a la policía después de que ellos se lo llevaron no habríamos podido encontrarlo fácilmente, supongo.

—Caramba, es usted un ente pensante —refunfuñó Owens—. ¿Dice que tenían pistolas?… ¿Y sabiendo eso se atrevió usted a seguirnos, y luego a enfocamos, a tocar el claxon…?

—No sabía qué pretendían, así que al principio pensé en seguirlos solamente, para saber dónde lo llevaban, y entonces habría avisado a la policía. Pero cuando llegamos aquí, comprendí que estaban preparando algo malo…, y se me ocurrió que quizá se asustasen si encendía todas las luces del coche y comenzaba a tocar el claxon.

—Pues les dio un buen susto, desde luego —sonrió Owens—. Pero me pregunto qué habría pasado si dos hombres armados no se hubiesen asustado, señorita Todd.

—Oh, Dios mío…

—Por fortuna para los dos, debieron pensar que era la policía, o, cuando menos, un grupo de personas… Si llegan a sospechar que en el coche había solamente una mujer…

—No… no piense en eso…

—Pues ha dejado de ser usted un ente pensante. Señorita Todd. ¿Se da cuenta de que me ha salvado la vida?

—Oh, no, no. Solamente…

—No vaya a decir ninguna tontería: me ha salvado la vida, se lo aseguro. Si yo fuese chino, se habría buscado una buena complicación.

—¿Por qué?

—Porque los chinos dicen que quien les salva la vida deben seguir cuidando de ellos en el futuro.

—¡Oh!

—Tranquila. Ya le digo que no soy chino… ¿Adónde se supone que vamos ahora?

—Pues a Nueva Orleáns… ¿No?

—Sí, pero ¿adonde, de Nueva Orleáns?

—No sé… Creo que deberíamos decirle a la policía lo que ha pasado. Puedo llevarle a su casa…

—¿Le disgustaría que fuésemos a la suya?

—No… No, no. Bueno, yo… yo vivo en un pequeño apartamento…

—Estoy seguro —susurró Farrell— que será mucho más confortable que el fondo del pantano.

CAPÍTULO VII

En efecto.

Era un pequeño apartamento, pero, sin duda alguna, muchísimo más confortable que el fondo de un pantano. Resultaba lo que suele llamarse «un encantador nidito», tan pulcro, tan alegre, tan romántico… Owens Farrell pensó que sería sencillamente delicioso llegar allá con un ramo de flores y una botella de champaña, poner música, encender un par de velitas rojas, y cenar, charlar… ¿De qué debía gustarle charlar a Anne Katherine Todd?

Ella apareció en aquel momento en el saloncito, procedente de la cocina, con una bandeja en la que llevaba bocadillos y café. Owens se levantó del sillón, como un autómata, igual que había hecho por la tarde en el despacho de Howard

O'Connor.

Esta vez, aún estaba más justificado su asombro, su admiración. Anne Katerine Todd llevaba un pijama de color celeste, muy tino, y se había recogido el cabello atrás. Recién bañada, oliendo a lavanda, y con aquel pijama, podía haber ganado con toda facilidad un supuesto concurso para elegir a «*Miss* Belleza y Encanto Femenino». Las suaves líneas de su cuerpo se insinuaban dulcemente, de modo especial en el vibrante seno, y en las caderas…

De pronto, ella se echó a reír, y Owens Farrell frunció hoscamente el ceño.

—¿De qué se ríe? —masculló.

—No se lo tome a mal, señor Farrell… ¡Es que está usted tan raro…!

Owens bajó la cabeza, y se echó un vistazo, mosqueado… También él se había bañado, y ahora sólo llevaba puesto el albornoz

de Anne Katherine, que le llegaba por encima de las rodillas, apenas las mangas cubrían sus codos, y, en cuanto al pecho, dejaba al descubierto más de la mitad. Toda esa visión, matizada por el lógico vello masculino, que en él era muy abundante. A decir verdad, estaba sencillamente ridículo.

Así que Owens Farrell se echó a reír.

—¡De acuerdo! —exclamó—. ¡Estoy raro! Supongo que si su portero nos viese ahora aún se sorprendería más que cuando aparecimos en el vestíbulo cubiertos de lodo… Ese café huele bien.

Ella dejó la bandeja sobre la mesita, y se sentó en el pequeño sofá. Owens fue a hacerlo a su lado, y comenzó a servir café en dos tazas. Cuando ofreció una a Anne Katherine, se dio cuenta de que ésta le miraba fijamente.

—¿Qué pasa? —Frunció el ceño—. ¿Qué mira?

—¿Cómo se hizo esas cicatrices? —susurró la muchacha.

Owens dejó la taza, y se pasó los dedos por la mejilla.

—Jugando al *rugby*… Ya sabe usted los montones de jugadores que se forman a veces. Bueno, pues una de esas veces, apareció una bota, no sé cómo ni de quién, y comenzó a machacarme la cara… Mala suerte. Son desagradables, ¿verdad?

—¡Oh, no!

—¿No? —se sorprendió grandemente Owens.

—Pues… Bueno, cuando le vi esta tarde, de pronto, tuve un poco de miedo… Me asusté. Pero creo… creo que no fue por las cicatrices.

—Entonces, es que tengo cara de monstruo, ¿no?

—¡No, no! Bueno, la verdad es que resulta un poco… impresionante, señor Farrell. Las cicatrices ayudan, pero lo… lo que me asustó fueron sus ojos, su… su modo de mirar.

—¿Le parezco bizco…, siniestramente bizco?

—¡No! —rió ella—. ¡No!

—Por como ríe usted, parece que ya no la asusto.

—Claro que no… En realidad, le identifiqué enseguida.

—¿Me… identificó? —Parpadeó Owens, desconcertado.

—Quiero decir que en pocos segundos supe cómo era usted.

—Caramba… ¿Y cómo soy?

—Una persona muy agradable, simpática, fácil de tratar, y generosa en todos los sentidos.

Owens Farrell se quedó con la taza de café en alto, absolutamente estupefacto. Por fin, gruñó:

—¿Me está tomando el pelo, señorita Todd?

—No.

—Pues entonces, está un poco chiflada —sonrió él.

—Ni mucho menos. ¿Sabe lo que me gusta hacer a mí en mis ratos libres, señor Farrell?

—Pues precisamente eso es lo que me estaba preguntando hace unos minutos… ¿Qué es lo que le gusta?

—La Filosofía y la Psicología.

Owens quedó de nuevo estupefacto.

—Bueno —masculló cuando pudo hablar—, supongo que son dos temas a *cuál* más interesante. ¿De qué son los bocadillos?

—Uno de jamón, y otro de pollo.

—Estupendo… Demonios, tómese el café: se le va a enfriar. Señorita Todd, no sé cómo agradecerle lo que ha hecho por mí. Me gustaría poder hacer algo por usted… Sí, algo, cualquier cosa. Lo que sea. ¿Puedo hacer algo?

—Oh, sí —sonrió la muchacha.

—Bien… ¿Qué es ello? Lo haré con muchísimo gusto… Sólo dígame de qué se trata, y delo por hecho… ¿Qué hago?

Anne Katherine Todd tomó su taza de café, y lo bebió a pequeños sorbitos, sin dejar de mirar a Owens Charles Farrell, que comenzaba a tener miedo. Miedo de que la señorita Todd, simplemente, le hablase de alguna dificultad económica… Si se insinuaba en tal sentido, se iba a llevar la mayor decepción de su vida…

Ella dejó la taza, y dijo:

—¿Sería tan amable de besarme?

La mandíbula inferior de Owens quedó colgando inerte.

—¿Qué…?

—Besarme. En la boca, señor Farrell. Por favor.

Owens ladeó la cabeza y entornó los ojos. Si aquello era una divertida broma, él no le veía la gracia por ningún lado. Pero no parecía broma: Anne Katherine había cerrado los ojos, y esperaba, con la boquita en clara oferta, tan sonrosados y dulces los labios… Muy bien. Al fin y al cabo, ella lo había pedido.

Se acercó más a la muchacha, deslizándose por el sofá, y la

abrazó con un brazo por la cintura, y con otro por la espalda. Al apretarla contra su pecho, Owens Farrell notó una oleada de calor, un contacto suave y prieto a la vez… Cuando tomó entre sus labios los de ella, un zumbido comenzó a sonar en su cabeza. El aroma de la lavanda pareció envolverlo. En las palmas de sus manos notaba la tierna elasticidad del cuerpo de Anne Katherine Todd…

Setecientos mil cuatrocientos veintiocho años después, ella se apartó, suavemente, y suspiró:

—Ya… ya es suficiente, se… señor Farrell…

El señor Farrell tuvo la impresión de que, después de haber estado volando subido a una nube de color rosa caía duramente al suelo.

—Espero haberla complacido —musitó.

—Oh, sí, tengo suficiente para… para mi estudio…

—¿Estudio? ¿Qué quiere decir?

—Un… un estudio psicológico que estoy… haciendo sobre usted.

—¿Me ha pedido que la bese sólo para poder hacerme un estudio psicológico?

—Así es. Espero que no le moleste…

—No, no. ¡Qué va! ¡Pero si eso es lo que más me gusta…! Lo primero que se me ocurre al ver a una chica bonita es pensar: voy a darle unos cuantos besos, para que me analice. Es lo que más me gusta: que me estudien mientras estoy besando. Resulta divertidísimo.

—Me parece… que se ha molestado.

—Vamos a cambiar de tema —refunfuñó Owens—… Por ejemplo, hablemos de aquellos tipos. ¿Los conocía usted?

—No.

—Entonces…, ¿no eran empleados del laboratorio, del doctor… no, del profesor Waggins?

—No. Nunca los había visto antes. ¿No le gustan mis bocadillos?

—¿Eh…? Oh, sí. Es decir, espero que sí —Owens tomó uno, lo mordió, masticó, y asintió con la cabeza; luego se dedicó a pensar mientras masticaba aquel bocado, y al final preguntó—… ¿Se fijó usted en la matrícula del coche?

—No… No se *me* ocurrió.

—Mala suerte. ¿Qué le parece si en cuanto me traigan ropa nos fuésemos a ver al profesor Waggins? ¿Me acompañaría usted?

—Lo haría con gusto, pero sería inútil. Tanto el profesor como sus ayudantes ya no deben estar en el laboratorio.

—Pero estarán en la casa.

—No. El profesor Waggins se habrá marchado a su cabaña, su ayudante también tiene un *bungalow* muy cerca de la ciudad, y la doctora Hyres debe estar en su apartamento.

—Entonces, ¿no hay nadie en el laboratorio?

—No. Está cerrado. Es decir… supongo que estará cerrado, pues al no llegar usted a la hora convenida, el profesor se habrá marchado.

—Ya. Sí, claro… ¿Dónde está esa cabaña? Podríamos ir a verlo allá, ¿no le parece?

—Es que no sé dónde está. Creo que está junto a uno de los brazos del río, pero no sé ni siquiera en qué dirección.

—Podemos llamar a su ayudante o a la doctora Hyres y preguntarles.

—Es que tampoco sé dónde viven ellos exactamente.

—Caramba, señorita Todd, no sabe usted nada de nada.

—Hace poco que trabajo para el profesor Waggins. Y me he limitadoˆ a hacer mi trabajo…, hasta esta tarde.

—¿Qué ha pasado esta tarde?

—Después de verle a usted, pensé que quizá sí debería interesarme un poco por lo que me rodeaba, así que me dediqué a ello. Muy discretamente, pero me parece que he sacado algo en claro.

—Ah, vaya, estupendo… ¡Eso quiere decir que ya sabe a qué se dedica el profesor Waggins! ¿A qué se dedica?

—Es algo relacionado con los platillos volantes.

—¿Con qué? —exclamó Owens.

—Con los platillos volantes. Con los
O. V. N. I.

—¿Quiere usted decir… con esas naves extraterrestres que muchas personas aseguran haber visto; con… los Objetos Volantes No Identificados?

—Sí, eso quiero decir.

—Fantástico a más no poder… ¿Y qué relación puede tener una cosa así con Howard
O'Connor?

—No lo sé. Creo que el señor O'Connor era muy rico, y he llegado a pensar que quizá financiaba parte de los trabajos del profesor Waggins… A lo mejor, lo que yo fui a buscar esta mañana a su casa era dinero, en un sobre.

—¿Un cheque, por ejemplo? —susurró Owens.

—Podría ser… ¿No?

Owens Farrell estuvo unos segundos en silencio, masticando bocadillo de jamón. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No. Si alguien conocía bien a Howard O'Connor, ese alguien soy yo, señorita Todd. En primer lugar, no era fácil sacarle dinero a Howard… Pero, en algunas ocasiones, me consta que donó cantidades más o menos importantes a ciertas instituciones de índole benéfica. Ahora bien, lo de financiar estudios de esa clase, relacionados con cosas que *él no ha visto*, es algo que Howard O'Connor jamás habría hecho. Sabía gastar el dinero cuando era necesario…, pero jamás malgastaba un solo centavo. No sé si me entiende.

—Sí, sí, le entiendo. De todos modos, lo que le he dicho es una suposición mía, nada más.

—Lo evidente es que el profesor Waggins y Howard tenían alguna clase de relaciones… Es una lástima que no podamos ver al profesor esta misma noche.

—Lamento no poder ayudarle.

—Ya ha hecho bastante. Y aún podría hacer más. ¿Le disgustaría hacer un poco de espía?

—¿Qué quiere decir? —sonrió Anne Katherine.

—Bueno… Dice usted que se ha enterado de todo eso de los platillos volantes por su cuenta, husmeando… discretamente. ¿No podría interesarse más por el asunto?

—Es que no hay nada más que… husmear, señor Farrell. Yo creo que lo mejor que puede hacer si hay algo que le merece desconfianza, es avisar a la policía. Además, supongo que va a hacerlo, de todos modos, después de que han querido matarle.

—No estoy muy seguro de que vaya a hacer eso —murmuró Owens.

—Pero… ¡quizá vuelvan a intentarlo!

—Sí. Es posible… Pero deberán hacerlo de modo muy especial, simulando un accidente. Y eso es lo que no comprendo… ¿Por qué tenían que simular un accidente? Podríamos… Ahí está Nelson.

Había sonado el timbre de la puerta, y Owens se puso en pie, dispuesto a ir a abrir. Pero se detuvo en seco, se miró con disgusto, y volvió la cabeza hacia Anne Katherine, que sonrió, poniéndose en pie.

—Yo abriré —dijo.

Salió del saloncito, y regresó segundos después, acompañada del serio Nelson, en efecto. El mayordomo se quedó petrificado al ver a Owens con aquella facha, y luego sonrió.

—Buenas noches, señor —saludó.

—Está bien, está bien —gruñó Owens—. Deme las ropas y espéreme… Supongo que ha venido con uno de los coches.

—Sí, señor. La señora me vio entrar en su cuarto, no pude evitarlo. Me preguntó qué ocurría, y tuve que decírselo, señor.

—Vaya… ¿Qué le dijo a Francis?

—Pues que usted había tenido un pequeño accidente, y que tenía que traerle ropa.

—Está bien… Deme eso.

Cogió el paquete que le tendía Nelson, y desapareció hacia el dormitorio. Reapareció minutos después, poniéndose la chaqueta, y diciendo:

—He estado pensando en eso de la policía, señorita Todd. Y quizá tenga usted razón. La verdad es que no resulta agradable ser la pieza de un par de tipos como aquéllos. Avisaré al teniente Tammer desde aquí mismo.

Y quizá sería mejor que no la mencionase a usted, para evitarle complicaciones.

—Como usted prefiera.

Owens llamó al departamento de policía, y consiguió localizar al teniente Tammer, con el cual convinieron en que iría a escucharle a la casa de Howard
O'Connor,
y aprovecharía para desprecintar el salón.

Farrell colgó el teléfono, y se volvió hacia Anne Katherine.

—Bien, esto es todo… De nuevo gracias, señorita Todd, y no

olvide que cualquier cosa que pueda usted… husmear, me gustaría saberla. Supongo que volveremos a vernos.

—Oh, sí… Cuando termine mi estudio psicológico de usted me gustaría que lo leyese, señor Farrell.

—Sí, claro. Lo haré con mucho gusto… A propósito de eso: creo que voy a proporcionarle más material de estudio.

Se acercó a ella, la abrazó, y la besó en los labios, sin más complicaciones, y dispuesto a soportar cualquier recriminación a cambio de aquel placer… Pero la reacción de Anne Katherine Todd no fue de reproche, ciertamente. Se colgó de su cuello, y estuvo allí hasta que, unos cuantos cientos de siglos más tarde, Owens Farrell decidió dejar algo para otro día.

Entonces, Anne Katherine susurró:

—Gracias, señor Farrell…

—De nada —Owens se volvió hacia el turulato mayordomo—. Es una chica muy educada, ¿verdad, Nelson?

—Sí… Sí, señor, sí… Muy educada.

—Es que estamos haciendo un estudio de Psicología, ¿comprende? Se lo digo para que no vaya a pensar que la señorita Todd me gusta a mí, o yo le gusto a ella. Nada de eso: estudios, Nelson, estudios… ¿Verdad, señorita Todd?

—Desde luego —suspiró ella.

—Bueno, hasta la vista. Vamos a ver qué dice el teniente Tammer a todo esto.

CAPÍTULO VIII

El teniente Tammer no dijo nada, de momento. Ni el sargento Lassaw, que había llegado con él. Los dos policías parecían muy pensativos, mirando fijamente a Owens Farrell. Lo mismo hacía Francis
O'Connor,
con expresión aterrada.

Estaban los cuatro en el salón, que había sido desprecintado por los policías apenas llegar. Todo lo que se podía obtener de allí, había sido obtenido… Es decir, nada. Ninguna huella aparte de las correspondientes a los ocupantes de la casa. La silueta marcada con tiza en el suelo había sido borrada por Nelson, y eso era todo.

Por fin, Tammer movió la cabeza con un gesto de duda.

—La pregunta es, señor Farrell: ¿por qué querían matarlo y simular que había sido un accidente?

—No tengo la menor idea. Pero la cosa iba en serio.

—Sí, lo supongo. ¿Y cómo pudo usted salir con bien de una situación tan peligrosa?

—Tuve suerte.

—¿Qué clase de suerte?

—Pues… Bueno, me parece que es una tontería ocultarle la verdad, teniente. Intervino otra persona. Pero me gustaría que eso quedase entre nosotros.

—Si es posible, así será. ¿Quién intervino?

Owens explicó lo sucedido a partir del momento en que la luz de los faros del coche de Anne Katherine Todd entraron en escena, completando así el relato de modo convincente para Tammer, que no parecía haberlo entendido muy bien hasta entonces.

—Ahora sí —movió la cabeza—. Ahora parece todo más

razonable. Naturalmente, nosotros tendremos que hacerle unas preguntas a la señorita Todd.

—Eso es lo que quería evitarle a ella: molestias. Pero comprendo su postura, teniente.

—Muy amable. Y seguimos igual que antes: ¿quién y por qué querían matarle a usted… simulando un accidente?

—Ya le he dicho que no lo sé.

—Podría ser la misma persona que asesinó a Howard O'Connor, ¿no le parece? Quizá usted entra dentro del ámbito de sus planes, o su venganza, o algo parecido. Pero, claro, de ser así, no me parece lógico que a él lo matasen de varios golpes de punzón y con usted quisieran hacer teatro. ¿Me comprende?

—Sí.

—Bien. Seguiremos con el caso, y ya verá como todo quedará explicado. Respecto a esos dos hombres…, ¿los reconocería si volviese a verlos?

—Sin la menor duda.

—En eso caso, sería interesante que viniese usted a dar un vistazo a nuestros archivos, señor Farrell.

—¿Ahora?

Tammer se rascó la nuca, con gesto simpático, casi cómico.

—Lo dejaremos para mañana —concedió—. Debe estar usted muy cansado, naturalmente. ¿Podría venir al departamento hacia las nueve?

—De acuerdo.

—Gracias, señor Farrell. Hablemos ahora de ese profesor Waggins… Si no he oído mal, usted quería verlo para preguntarle por un millón y pico de dólares que faltan en sus cuentas.

—Sí.

—¿Y él estaba dispuesto a recibirle?

—Sí. A las ocho y media, más o menos… Cuando terminase su trabajo.

—Pero usted llegó allá, y esos dos hombres le golpearon, etcétera, etcétera.

—Sí.

—¿Y no ha pensado en volver allá para ver, por fin, al profesor Waggins?

—El vive en una cabaña, en la orilla de un brazo del río. Y sus ayudantes tienen, uno otra cabaña, y la otra, la doctora Hyres, un apartamento. Pero la señorita Todd no sabe dónde.

Tammer quedó pensativo de nuevo.

—Muy bien… Es posible que esa pista del millón y pico de dólares nos conduzca a algo —admitió—. ¿Qué le parece si mañana, después de haber examinado usted las fotografías de nuestros archivos, yo le acompañase a ver al profesor Waggins?

—Hubiese preferido hablar a solas con él.

—¿Por qué?

—Pienso que el profesor Waggins quizá me diga a mi cosas que no le diría a la policía.

—Reflexionaré sobre eso —sonrió Tammer—. Ah, también quisiera echarle un vistazo a su coche, señor Farrell. Si le parece bien nos vamos a ocupar de sacarlo de ese pantano.

—Me parece bien. Pero no entiendo eso del vistazo. ¿Qué esperan encontrar en un coche que va a pasarse toda la noche sumergido? ¿Huellas?

—Podría ser —sonrió de nuevo Tammer—. Uno de esos hombres estuvo en su coche, eso es evidente. Y uno nunca sabe lo que puede pasar cuando ha estado en un asiento que no le corresponde.

—Haga lo que guste. Ya le he dicho dónde sucedió, así que sólo tiene que ir allá y hacer su trabajo.

—Eso es lo que intento en todo momento. Pero no crea, señor Farrell, este caso no es fácil, no… Nada fácil. Por supuesto —miró sonriente a Francis—, la señora
O'Connor
nos dijo la verdad: estuvo con sus amigas, charlando… Y ciertamente, ellas nos han asegurado que parecía tener mucha prisa, en volver a casa. En cambio, lo de usted, tenemos que creérnoslo, simplemente.

—Lo siento —sonrió secamente Owens.

—Oh, no se preocupe… Siempre se comete un error. Quiero decir, por parte del asesino, claro. Tenemos moldes de las pisadas que dejó en el jardín, y quizá eso nos ayude en algo.

—¿Qué más tienen?

—Nada más.

—No me parece gran cosa.

—Tiene razón. Pero ya se lo dije a ustedes desde el primer momento: ha sido un asesinato en primer grado. Planeado, calculado, pensado… Si hubiese sido una acción… fortuita, fruto de las circunstancias, habríamos encontrado un montón de pistas, detalles importantes, móviles… Pero no. Sencillamente, alguien dijo: voy a matar a Howard O'Connor, y lo haré así, así y así, tal día a tal hora.

—Me parece que exagera usted.

Tammer volvió a mirar sonriente a Francis.

—¿Cómo van los ánimos, señora O'Connor?

—Bien… —murmuró ella—. Pero no es fácil olvidar lo que vi, teniente.

—Este mundo es un asco —se ensombreció el gesto del policía —. Quiero decir, la gente que lo habita A veces pienso que lo mejor sería construir unos cuantos miles de millones de jaulas… Tantas como habitantes hay en el planeta Tierra, y meter en cada una de ellas a un habitante.

—¿Como las fieras?

—¿Qué otra cosa somos, señora O'Connor?

La señora O'Connor no contestó. Tampoco Farrell hizo el menor comentario. El teniente Tammer se puso en pie, y Lassaw le imitó rápidamente. Se despidieron y Owens los acompañó hasta la puerta, donde estuvo hasta que el coche policial abandonó los terrenos de la quinta.

Cuando regresó al salón, Francis estaba encendiendo un cigarrillo, y lo miró un tanto hoscamente a través del humo.

—La intervención de la policía puede dificultarnos mucho la recuperación de ese dinero, Owens —dijo, molesta.

—¿Y por qué supones que ese dinero puede ser recuperado? Si Howard lo regaló, nadie puede exigírselo ahora al profesor Waggins. Eso, claro, suponiendo que sea él quien lo haya recibido.

—Es mucho dinero para regalarlo.

—Espero que pasado mañana asistiremos a la lectura del testamento —frunció el ceño Owens—. Y cuando sepas lo que te

corresponde, quizá te tranquilices. Además, mientras no vuelvas a casarte, puedes vivir en esta casa y disponer de cien mil dólares al año… Francamente, querida, no me parece nada mal…

—¡No me llames querida! —Se puso en pie vivamente Francis.

—Perdona… —sonrió Owens, acercándose—. Vamos, Francis, estás…

—¡No me toques!

—No pretendía en modo alguno toe…

—¡Ni te acerques! Hueles… hueles a… a otra mujer, a no sé qué perfume…

—Es sólo lavanda…

—¡No te acerques! ¡Ni me mires siquiera…! ¡No te acerques a mí nunca más en toda tu vida!

Salió corriendo del salón, dejando a Owens Farrell estupefacto. Por fin, se olfateó a sí mismo, frunció el ceño, y masculló:

—Pues a mí me gusta…

CAPÍTULO IX

—Señor Farrell… ¡Señor Farrell!

Owens abrió los ojos, vio sobre él la figura de Nelson, y se apresuró a sentarse en la cama. Nelson estaba en pijama y bata. Por La ventana del dormitorio se veía el resplandor del sol, todavía de color naranja…

—¿Qué ocurre, Nelson?

—El teniente Tammer ha venido, señor. Le está esperando a usted abajo.

—Pero…, ¿qué hora es? —saltó Owens de la cama.

—Las siete menos cuarto.

—¡Las siete menos…! ¡Pero quedamos a las nueve!

—No sé, señor. El teniente me ha dicho que lo llamase inmediatamente. Lo siento.

—Está bien… Dile que voy ahora mismo.

Se vistió a toda prisa, y se lanzó escaleras abajo. Tammer estaba en el vestíbulo, en el centro, contemplando con gesto bobalicón la enorme araña de cristal que pendía del techo. La señaló cuando Owens llegó a su lado.

—Debe valer su buen puñado de billetes, ¿eh?

—¿Qué pasa? Quedamos a las nueve, ¿no es así?

El policía dejó de mirar la araña, y señaló hacia la puerta.

—Tengo el coche afuera. Vamos a ir al Vieux Carré… Concretamente, junto a la catedral de San Luis. Lamento haberle despertado, pero el asunto merece la pena.

—Si me explicase algo, quizá podría juzgar —gruñó Owens.

—Prefiero que lo vea usted mismo.

Segundos después, se alejaban en el coche policial.

Poco más tarde, rodaban por River Road, luego por Saint

Charles Avenue… A la derecha se veía el río, con el Greater New Orleans Bridge difuminándose en la niebla de la mañana, que iba siendo lentamente vencida por el sol. Llegaron al Vieux Carré, y Tammer fue conduciendo hábilmente, hasta llegar junto a St. Louis Cathedral.

Durante el camino, Owens no se había molestado en insistir más, y tampoco entonces preguntó nada, al ver a dos agentes de la policía, de uniforme, junto a un coche estacionado. Un poco más allá había otro coche de la policía, y el sargento Lassaw hablaba con otro policía de paisano…

Tammer se apeó enseguida, señalando el coche junto al cual estaban los dos agentes.

—Venga, señor Farrell.

El policía caminaba muy aprisa, y Owens tuvo que imitarlo… A medida que se acercaban al coche, iba distinguiendo a un hombre sentado ante el volante, muy bien acomodado hacia atrás, como si estuviese echando un sueñecito… Pero en determinado momento, ya muy cerca, se dio cuenta de que aquella postura no era natural.

Y por fin, cuando llegó junto a la ventanilla, y se inclinó para ver mejor al hombre sentado ante el volante, lo reconoció. A pesar de su desorbitada expresión, del feo boquete que tenía en la garganta y por el cual había manado sangre en abundancia, empapando sus ropas, el asiento, el tapizado del coche… Al mismo tiempo que lo reconocía, vio al otro, en el asiento de atrás.

Lo vislumbró borrosamente, mejor dicho. Fue a mirar, desplazándose hacia la parte de atrás del coche, y le vio acurrucado en el rincón del asiento, con las manos como clavadas en el pecho, que estaba lleno de sangre seca. Los ojos del hombre parecían a punto de salirse de las órbitas, y su boca, todo su rostro, estaba crispado en una horrenda mueca de furia inaudita…

—¿Los reconoce, señor Farrell?

—Sí. Son ellos, los dos que quisieron matarme…

—¿Está seguro?

—Sí, seguro… Segurísimo, teniente.

—Bien… Ya no podrán hacer daño a nadie más. El que está al volante ha recibido un balazo en la nuca que le ha salido por la garganta, ocasionando un buen destrozo. El otro tiene cuatro o cinco balazos en el pecho, nada menos.

—Pero… no comprendo…

—Se lo explicaré. Ellos vinieron aquí, acudieron a una cita que alguien les había hecho. Esa persona llegó, entró en el coche, y se puso a charlar con ellos, confiándolos…

—¿Puede ser la misma persona que les envió a matarme?

—Yo diría que sí. Confiaban en ella, así que cuando les pidió una de las pistolas…

—¿Cómo sabe usted que les pidió una de sus pistolas?

—Es evidente. Los engañó con toda facilidad, debía tenerlos muy confiados. En cuanto tuvo la pistola en las manos, le metió una bala en la nuca al del volante, que todavía tiene su pistola en el bolsillo… El que se la había dejado era el otro, que enseguida comenzó a recibir balazos que lo fueron acurrucando en el asiento, hacia el rincón. Luego, el asesino dejó caer la pistola al piso del coche, se apeó, y se fue.

—¿Es decir, que ha matado a sus propios cómplices?

—Naturalmente. Usted les había visto y había escapado… Seguramente, cuando busquemos en los archivos, estos sujetos aparecerán allí. Si no estuviesen muertos, nosotros los habríamos encontrado, de todas maneras, con la ayuda de usted al identificarlos… Así que convenía matarlos: eran comprometedores. Y aún le diré más: tengo la seguridad de que, de todos modos, los habrían matado cuando hubiesen hecho su… trabajo con usted. Con más motivo, sabiendo que usted los podría identificar.

—O sea —musitó Owens—, que tenemos otros dos asesinatos en primer grado.

—Exactamente. Aunque en esta ocasión, las muertes no sean tan lamentables como las del señor
O'Connor.

—Igual son seres humanos, ¿no?

Philip Tammer miró con gran curiosidad a Owens.

—Quizá. Para mí, estos dos hombres eran de los que convenía tener en jaulas. Pero si usted, a quien quisieron matar, es tan benévolo con ellos, yo no tengo inconveniente, señor Farrell.

—¿Y cómo supo usted que estos hombres eran los que quisieron matarme?

—Pura corazonada. Instinto de policía… Yo estaba durmiendo en casa, tan tranquilo como usted, cuando me llamaron del

departamento. Homicidios se hacía cargo, claro. Y últimamente les ha dado por no dejarme ni dormir. Bueno, cuando me dijeron que dos tipos habían sido encontrados en un coche, acribillados…, no sé por qué, señor Farrell, pensé en usted, en lo que me contó anoche. ¿Por qué? Ya se lo he dicho: instinto de policía. Dentro de poco llegará el forense, los de Huellas, la furgoneta… Veremos qué podemos sacar en claro. Aunque me temo que en la pistola no habrán huellas de nuestro infalible asesino; es demasiado listo. De todos modos, tarde o temprano… Ahí llega la furgoneta. ¿Me perdona un minuto?

Tammer se alejó, y Owens se quedó como petrificado junto al coche. De la furgoneta se apeó el forense, con cara de pésimo humor. Escuchó a Tammer, miró hacia Owens, y fue hacia el coche donde estaban los dos hombres muertos. Ni siquiera un minuto más tarde llegaban más policías y comenzaron a tomar fotos del coche, del macabro cuadro de su interior. La zona alrededor del coche quedó en poder de la policía…

Media hora más tarde, Philip Tammer regresó a su coche, dentro del cual, ensimismado, le estaba esperando Owens.

—Como le dije, me temo que no sacaremos en claro nada diferente a las suposiciones que le expuse antes. De momento, el único dato con el que contamos es que murieron entre las tres y las cuatro de la madrugada.

—Es una hora muy incómoda para ir matando por ahí, ¿no le parece? —musitó Owens.

—Depende.

—¿Depende?

—Quiero decir que a esa hora de la madrugada, la niebla debía ser muy densa. El río está muy cerca. Además, ciertamente, no creo que hayan muchos paseantes a esa hora.

—Yo estaba durmiendo.

Tammer le miró amablemente.

—¿Por qué dice eso, señor Farrell?

—Quiero decir que no tengo otra coartada: dormía.

—Me parece muy lógico —sonrió a medias el teniente—. Yo también dormía. Es una hora en la que todo el mundo suele dormir.

—Excepto el asesino. ¿Puedo marcharme?

—Uno de nuestros coches le llevará a…, ¿a la casa de Howard

O'Connor o a su apartamento?

—A la casa de Howard. Creo que mañana será leído el testamento. A partir de ese momento, volveré a la mía.

—Sí —deslizó de nuevo muy amablemente Tammer—. La señora O'Connor es una mujer muy hermosa, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Ha sido un comentario.

—Si usted pretende insinuar que entre ella y yo estamos haciendo todo esto…

—¡Por favor! —Se sobresaltó Tammer—. ¡Jamás se me ocurriría hacer esa insinuación sin tener pruebas solidísimas, señor Farrell! Y menos, a un abogado de la fama de usted. De todos modos, tenga en cuenta que lo que la policía no puede ni insinuar, otras personas pueden darlo por cierto.

—Me tiene sin cuidado lo que otras personas den por cierto. Supongo que ya no debo ir al departamento a las nueve.

—Claro que no. Pero a esa hora, si le parece bien, pasaré a recogerlo a la casa del señor O'Connor, para ir a visitar al profesor Waggins. ¿De acuerdo?

—Sí. Tengo tanto interés como usted en hablar con ese hombre. Hasta luego.

CAPÍTULO X

El profesor Waggins los recibió en la pequeña casa, y no por la puerta de atrás, desde luego. Apenas entrar allí, Owens comprendió perfectamente que el hombrecillo prefiriese vivir en otro lugar. La casa era vieja, estaba polvorienta y, evidentemente, sólo era utilizada como lugar de descanso durante la jornada en el laboratorio, y para preparar algo de comer.

Bernard Waggins era casi diminuto, llevaba gruesos lentes de miope, y parecía perdido dentro de la bata blanca y sucia. La mitad de su cabeza estaba completamente blanca; de la otra mitad, pendían unos mechones larguísimos de cabellos blancos como la mismísima nieve. Parecía una ratita con lentes.

—Esperaba la visita del señor Farrell, ya que no vino ayer —dijo tras escuchar a Tammer—, pero…, ¿la policía? ¿Qué quiere de mí la policía?

Philip Tammer sacó un sobre del bolsillo; del sobre, unas cuantas fotografías, que tendió al profesor.

—¿Conoce a estos hombres, profesor Waggins?

El hombrecillo las fue mirando atentamente. Pertenecían a dos hombres, pero había varias de cada uno, especialmente de frente y de ambos perfiles. En cada fotografía estaba anotado el nombre. Uno de los sujetos se llamaba Lewis Heyman, y el otro George Kramer.

—No —movió la cabeza.

—¿Está seguro?

—Soy miope, teniente, pero los lentes salvan bastante bien esa deficiencia ocular. No los conozco.

—¿Quizá le suenan sus nombres?

—Kramer y Heyman… No. Son fotografías del archivo de la

policía, según veo. ¿Los están buscando?

—No. Sabemos muy bien dónde están. Pero pensamos que quizá trabajan para usted.

Waggins volvió a mover la cabeza.

—Para mí solamente trabajan tres personas, teniente: la doctora Hyres, mi ayudante Humphrey Cárter y la señorita Todd, una muchacha encantadora y eficiente que atiende las cuestiones relacionadas con lo que se podría llamar mi oficina. Nadie más. Si eso es todo lo que querían de mí… Tengo mucho trabajo…

—¿Tampoco conocía de antes al señor Farrell?

Waggins miró a Owens, y volvió a negar con la cabeza.

—Tampoco. Había oído hablar de él, eso sí.

—¿A quién?

—Oh, no sé… Por ahí…

Tammer pareció mosquearse un poco. Dio media vuelta, salió de la casa y regresó, segundos después, acompañado de Francis O'Connor, que había estado esperando afuera, en el coche. Se había dado cuenta de que algo sucedía y cuando Tammer apareció en busca de Owens, se obstinó en ir con ellos: quería ver al hombre que quizá le había estafado un millón doscientos mil dólares a su marido y, por tanto, de rechazo, a ella, dijo:

—¿Conocía a la señora O'Connor, profesor?

Bernard Waggins sonrió simpáticamente.

—No. Pero también había oído hablar de ella… Siento lo sucedido a su marido, señora.

—¿A quién? —preguntó Tammer.

—¿Qué? —se desconcertó Waggins.

—¿A quién oyó hablar de la señora O'Connor? ¿También por ahí, profesor?

—Pues… no. No… —Waggins volvió a sonreír—. A decir verdad, me habló de ella en varias ocasiones el propio Howard. También fue él quien me habló del señor Farrell. Ésa es la verdad.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes?

—No sé… Estoy muy ocupado. Y no comprendo a que viene

todo esto… ¿Qué desean exactamente de mí?

Tammer y Farrell cambiaron una mirada, y el teniente hizo un gesto de asentimiento, cediendo la palabra a Owens, que miraba fijamente al profesor.

—Es un hecho innegable que usted envió ayer a casa de Howard O'Connor a la señorita Todd, profesor. A buscar un sobre… ¿Qué sobre, qué debía contener ese sobre?

—Tenía la esperanza de que Howard tuviese preparado el cheque del mes. Supongo que mi comportamiento fue un poco… despiadado, pero no creo que perjudicase a nadie. ¿Por qué debía perderme la asignación, si quizá ya estaba preparada?

—¿Esta usted hablando de una… asignación de cien mil dólares mensuales, quizá?

—Sí, en efecto.

—¿Mi marido le daba a usted cien mil dólares cada mes? —exclamó Francis.

—Sí, señora.

—Entonces… —Siguió Owens—. ¿Es usted quien ha recibido hasta la fecha la cantidad de un millón doscientos mil dólares?

—Sí, sí.

—¿En concepto de qué?

—Es una asignación que Howard…

—Ya sabemos eso. Pero ¿para qué le daba él esa cantidad cada mes?

—Eso es cosa mía, joven —farfulló Waggins.

—Le voy a recordar que soy abogado —dijo secamente Owens —. En las cuentas que he repasado de Howard, faltan un millón doscientos mil dólares, pero no hay ninguna explicación al respecto. Ni siquiera han aparecido los cheques devueltos por el Banco… A simple vista, se diría que Howard quería mantener ocultos esos pagos. Y una cosa así no se hace sin motivos poderosos, profesor Waggins. ¿Qué tiene de malo ayudar a un hombre como usted? Yo creo que nada… Por lo tanto, ¿por qué ocultarlo? ¿Y por qué tiene que negarnos usted la información respecto al destino de esos cien mil dólares mensuales que Howard le tenía asignados?

—No tengo que dar explicaciones a nadie.

—Muy bien —aceptó reposadamente Farrell—. Le diré lo que

voy a hacer en cuanto salga de esta casa: me iré con el teniente Tammer al departamento de policía, y presentaré una denuncia en regla contra usted acusándole de haber estado estafando a Howard. Además de eso, tengo recursos suficientes para conseguir que sea extendida una orden de registro de su laboratorio, y vendríamos aquí tantos hombres y durante tanto tiempo que usted iba a tener molestias hasta…

—Está bien… —Casi gritó Waggins—. ¿Qué demonios quiere usted exactamente?

—Ya se lo he dicho: quiero saber por qué y para qué le daba Howard cien mil dólares cada mes.

—Para financiar mí invento.

—¿Qué invento?

—Un aparato fotográfico con polarizador especial de luz.

Tammer, Farrell, Francis, el sargento Lassaw y el policía que había en la puerta, se quedaron, mirando pasmados al hombrecillo.

—¿Un qué? —masculló por fin Tammer.

—Me gustaría ver eso… —dijo Owens—. Un aparato que vale un millón y pico de dólares tiene que ser sumamente interesante.

—No para usted —rechazó Waggins—; no entenderá nada de nada. Además…

—A mí también me gustaría verlo… —intervino Francis—. Sí, quisiera ver qué es lo que decidió a Howard a regalar todo ese dinero… que ahora sería mío.

Durante un par de segundos, todas las miradas quedaron fijas en Francis. Pero nadie cometió la indelicadeza de exteriorizar en modo alguno lo que les hacía pensar sus palabras. El profesor Waggins sonrió suavemente.

—La comprendo a usted, señora —musitó—. Pero no dudo que su marido le habrá dejado dinero suficiente para sus necesidades. Era un hombre admirable, amigo de la Ciencia en todos sus aspectos…

—¿Quién? —exclamó Owens—. ¿Se refiere a Howard?

—Sí, naturalmente.

—Bueno… No es que dude de sus palabras, pero…

—Yo creo —intervino Tammer— que deberíamos ver ese aparato de un millón doscientos mil dólares.

—No está terminado… —dijo Waggins—. Y ahora, faltándome el

apoyo financiero de Howard…

—Demuéstreme usted que Howard estaba interesado en eso —dijo Farrell—, y yo le ayudaré a terminar la obra comenzada por él.

Bernard Waggins miró a Owens con novísimo interés.

—¿Lo haría usted? —exclamó jubilosamente—. ¿Lo haría, señor Farrell?

—Si me demuestra que Howard lo empezó, si.

—Bueno… No tengo pruebas de ello… ¿Pruebas? Caramba, no le entiendo a usted. ¿Qué clase de pruebas quiere?

—Usted sabrá.

—Vamos a ver el aparato —insistió Tammer.

Waggins se encogió de hombros, con gesto de resignación, y señaló la puerta. Salieron de la casa y caminaron hacia la entrada del laboratorio que tenía aspecto de granja vieja. La puerta no estaba orientada hacia el frente de la entrada al descuidado jardín, sino a un lado. Y mientras iban hacia allí, Tammer y Owens vieron a Anne Katherine Todd, mirándoles por una ventana. La muchacha se apresuró a ocultarse, pero Tammer miró a Owens, y éste asintió con la cabeza. Nadie se dio cuenta.

En la entrada misma del laboratorio estaba el pequeño despacho en el que trabajaba Anne Katherine, con una ventana a su derecha. Una mesa, un par de teléfonos, un archivador…

—Ella es la señorita Todd… —presentó Waggins—. Digamos que es mi secretaria. Mi ayudante y la doctora Hyres están dentro, trabajando.

Hubo unos murmullos de saludo a Anne Katherine, a la cual dirigió Francis una penetrante mirada. Al pasar junto a ella, su nariz se dilató un instante… Luego miró vivamente a Owens, que se limitó a sonreír al comprender lo que Francis había olido: la lavanda.

Detrás de Anne Katherine había una puerta, que Waggins abrió. Se apartó, dejando pasar a todos; entró y cerró. Había, simplemente, un pequeño espacio vacío, y al fondo otra puerta. También la abrió… y al instante, todos cerraron los ojos y alzaron las manos para protegerlos de aquella luz deslumbrante, dolorosamente cegadora. Una luz de intensidad tal que su acción directa durante varios segundos sobre los ojos podía provocar una ceguera total.

—¡Humphrey! —gritó Waggins—. ¡Apaga eso!

La luz fue decreciendo, pero nadie se enteró, pues mantenían los ojos cerrados, protegidos con ambas manos, vueltos de espaldas…

—Ya está… —Se oyó una voz de hombre—. Lo siento, profesor, no sabía que hubiese entrado.

Todos descubrieron sus ojos, y Waggins admitió:

—La culpa ha sido mía. Debí dar la señal… Pasen, por favor.

Entraron todos en el laboratorio. La luz era ahora normal, producida por unas cuantas bombillas. Las ventanas estaban herméticamente cerradas. Un hombre vestido con bata blanca y con unos lentes de cristales negros colgando del cuello se acercaba a ellos, con gesto de disculpa.

—Humphrey Cárter, mi ayudante… —presentó Waggins—. Y ahí viene la doctora Hyres.

Mientras se producían los breves saludos a Cárter, todos miraban hacia la mujer que se acercaba, también con bata blanca y unos lentes de cristales negros colocados sobre la frente. Debía tener unos cuarenta años, pero resultaba hermosa y sugestiva, con un aspecto juvenil al primer golpe de vista. Frente ancha, despejada, grandes ojos claros, inteligentes… Salud a todos con movimientos de cabeza, y luego miró preocupada a Waggins.

—No ha dado usted la señal, profesor; podía haberse quedado ciego.

—Me he distraído… Pero por fortuna, no ha pasado nada. ¿Han tomado alguna fotografía?

—Nos disponíamos a hacerlo. Me parece —sonrió la doctora Hyres— que nuestros visitantes están sorprendidos, profesor.

—Sí… —Waggins emitió una risita—. Eso parece. No se asusten, señores: no es un platillo volante.

Las miradas de todos estaban fijas en el lugar donde había brotado aquella intensísima luz, en un rincón del laboratorio. Seguramente, no era un platillo volante, pero, de acuerdo a las más clásicas descripciones de la ciencia-ficción, lo parecía: tenía forma de disco, ventanales redondos de grueso cristal, y era completamente liso, salvo una antena que sobresalía de su parte superior. En definitiva, parecía una lenteja gigante…

—En realidad, el ovni es lo que menos trabajo y dinero costó construir… —sonrió Waggins, un tanto divertido, casi irónico—. Lo

realmente difícil fue la instalación de las luces y, por supuesto, la cámara fotográfica con luz polarizadora…, que aún no hemos logrado.

—Me parece —dijo amablemente Tammer— que ninguno de nosotros ha entendido esto muy bien, profesor.

—Es muy sencillo. Veamos… Ustedes saben que muchísima gente, cada día con más frecuencia, asegura haber visto en diversos lugares del planeta objetos volantes a los que llaman «platillos» o «naves»… Han sido descritos de muchísimas maneras: en forma de cigarros gigantescos, en forma de lenteja como este nuestro, en forma de esfera perfecta, con ventanas, sin ventanas, destellando luz roja, verde, amarilla… En fin, de todas clases, formas, tamaños y características. Todo eso, como es lógico, induce a confusiones, a contradicciones, y, en definitiva, por lo tanto, a incredulidad por parte de todos aquellos terrestres que no han visto directamente, personalmente, un objeto volante no identificado. Así pues, se pensó en conseguir pruebas… tangibles de la presencia de esos objetos voladores y, en varias ocasiones, incluso se dispararon fotografías sobre lo que se decía que era un ovni… Ahora bien, a pesar de las muchas descripciones que se daban de esas «naves», había siempre una información idéntica: todas ellas despedían, emitían, o como quiera decirse, una luz intensísima… Y esa luz, precisamente, era la que impedía obtener fotografías… convincentes. Al ser reveladas las fotografías, aparecía solamente una… mancha brillante. A partir de ahí, los científicos «serios» comenzaron a exponer sus teorías: esos objetos podían ser… manchas solares, cometas, globos de sonda lanzados por el hombre, gases inflamados, nubes, multitud de fenómenos atmosféricos… En fin, muchas explicaciones. Pero ninguna que admitiese la existencia y presencia de los ovni sobre la Tierra… ¿Ustedes creen en los ovni?

Los invitados estaban tan absortos, tan sorprendidos, que ninguno de ellos acertó a dar su opinión.

Bernard Waggins señaló teatralmente hacia arriba, con un dedo fino, nudoso.

—Me pregunto —dijo con voz engolada— en virtud de qué el hombre se atribuye el privilegio de ser el único ser vivo del universo. Me pregunto qué clase de necio orgullo impulsa al hombre a hacer semejante afirmación categórica. Reflexionemos

unos instantes, por favor… ¿Se han detenido ustedes a pensar alguna vez en la inmensa grandiosidad del universo? Piensen tan sólo una cosa: nuestra galaxia, la Vía Láctea, es tan… grande, que algunas estrellas distan de la Tierra miles y miles de años luz de distancia… Hagan números. Calculen ustedes la distancia en kilómetros de aquí a una de esas estrellas. Ni siquiera viajando a una velocidad diez veces superior a la de la luz podría el hombre llegar a una de esas estrellas, porque su ciclo actual de vida no es suficiente. Eso, en el supuesto de que consiguiésemos las naves adecuadas; nuestra galaxia es tan tan tan grande, que jamás podríamos llegar a su confín. Y sin embargo, señores, nuestra galaxia es… solamente un… pequeño rincón del universo. Ya sé que esto es difícil de imaginar, claro. Pero sí hay una cosa fácil de imaginar: la existencia de otros mundos, de otros signos de vida, que pueden ser inferiores o superiores a los del hombre. ¿Por qué una de esas manifestaciones de vida no puede haber enviado… representaciones a la Tierra? Pero…, ¿qué digo, a la Tierra? ¡A todo el universo, debería decir! ¿Saben ustedes que últimamente se han descubierto en el firmamento cuerpos que viajan a velocidad superior a la de la luz, considerada por nosotros como el límite de velocidad? Una velocidad superior, ni siquiera podemos imaginarla. Sin embargo, ahí están esos cuerpos lanzándonos un nuevo desafío. ¿Platillos volantes, gases, cometas, estrellas…? No importa. Con mi luz polarizadora podré fotografiarlos a la perfección; no aparecerá una mancha brillante, sino que quedará definido el objeto que sea. Yo no soy tan estúpidamente necio y orgulloso que niegue la posible existencia de otras formas de vida o de ciencia. Yo construiré mi cámara con luz polarizadora y saldrá al espacio, dispuesto a tomar fotografías. Yo demostraré que no estamos solos en el universo, ni mucho menos. Y ahora, ¿comprenden ustedes que una cámara como ésa esté costando hasta la fecha un millón doscientos mil dólares…, y que todavía no esté terminada, ni siquiera a la mitad de su consecución? Por favor, ¿lo comprenden? ¿Qué dice usted, señor Farrell?

—¿Yo? —Se sobresaltó el fascinado Owens.

—Usted… ¿Cree que Howard podría dar dinero para una… empresa como ésta, sí o no?

Owens Charles Farrell bajó la cabeza y estuvo unos segundos

pensativo, ante la expectación de todos. Por fin miró de nuevo a Waggins, y murmuró:

—Sí… Podría ser.

—Gracias, señor Farrell… ¿Puedo servirles en algo más?

—Usted sabe —consiguió salir por fin de su pasmo el teniente Tammer— que Howard O'Connor fue asesinado, profesor. Nosotros estamos buscando a su asesino.

—¿Y bien? Espere un momento… —Una chispa de divertida malicia apareció en los miopes ojos de Waggins—. ¿Acaso sospechan que yo haya tenido algo que ver con su muerte?

—Bueno, no es exactamente eso, pero…

—Teniente, ¿de verdad ha pensado, aunque sólo sea por un segundo, que yo iba a… perjudicar en alguna forma al hombre que cada mes me regalaba cien mil dólares para lograr el sueño de toda mi vida?

Tammer abrió la boca, se rascó la coronilla, frunció el ceño…

—Buenos días, profesor… —masculló—. Gracias por recibirnos.

—¿Ya se marchan? ¿No quieren ver mi cámara fotográfica con luz polarizadora? Vengan, vengan…

—En… en otro momento… —retrocedió Tammer—. Usted tiene mucho trabajo…, y nosotros también. Sí, en otro momento. Gracias, de todos modos.

—No se merecen… Humphrey les acompañará afuera… Ah, señora O'Connor, ¿podría conversar un minuto con usted, por favor?

Francis se acercó al hombrecillo, vacilante, mientras los demás se dirigían a la salida, acompañados por el ayudante del profesor. La doctora Hyres, sonriendo con cierta guasa, regresó al lugar donde se veía lo que parecía un pequeño telescopio, rodeado de piezas, lentes de diversos tamaños y grosor…

En la puerta, Owens Farrell se volvió, y vio a Waggins y a Francis conversando. Le pareció que ella estaba muy pálida, pero no alterada. Waggins sonreía muy noblemente. Ella negaba, negaba, negaba… De pronto, asintió con un gesto, dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Owens salió inmediatamente, sin esperarla, con la esperanza de que ella no se hubiese dado cuenta de que los

miraba…

En la oficina estaba Anne Katherine Todd, sola. Los demás ya habían salido.

—Hola… —sonrió Owens—. ¿Ha terminado va mi estudio psicológico?

—Todavía no.

—Quizá necesita más material —ofreció él.

—Quizá… —admitió ella—. Pero en este momento no podría… valorarlo debidamente.

Owens se acercó a ella y la tomó de un brazo.

—Señorita Todd —susurró—, es absolutamente indispensable que usted averigüe para mí dónde tiene el profesor Waggins esa cabaña. Por favor, tiene que conseguirlo. Y en cuanto lo sepa, llámeme.

—Sí, señor Farrell —dijo ella, desconcertándolo—. Gano un buen sueldo aquí, pero pensaré en su oferta.

Owens miraba los ojos de Anne Katherine. Y comprendió de pronto; se volvió y vio a Francis acercándose a ellos, todavía pálida.

—Te estaba esperando, Francis. ¿Te parece que tomemos un taxi y volvamos juntos a casa? Ya hemos molestado demasiado al teniente.

—Sí… Sí, como tú digas, Owens.

—¿Te ocurre algo? ¿Ha dicho el profesor algo que te haya disgustado, o…?

—Me ha pedido dinero. Ha dicho que yo podría continuar enviándole un cheque cada mes, como hacía Howard.

—Vaya… Supongo que te has negado.

—Le he dicho que lo pensaré.

—¿Lo pensarás? Bueno, quizá sea conveniente hacerlo… ¿Nos vamos? Adiós, señorita Todd; no olvide mi oferta.

—No la olvidaré, señor Farrell.

Salieron del laboratorio. Afuera hacía un sol cálido, cegador. Un hermoso día de finales de primavera.

—¿Qué oferta le has hecho a esa chica, Owens?

—Le he ofrecido un puesto de secretaria en mi bufete… Resulta muy decorativa.

—Y huele a lavanda.

—Sí, ya sé. Verás lo que pasó. Cuando…

—¡Señor Farrell! —Oyeron la voz del teniente Tammer.

Miraron los dos hacia el bulevar, y vieron a Tammer en pie junto a su coche. Había otro coche más allí, que antes no estaba, y más policías. Todos estaban mirando hacia ellos.

—Algo nuevo ha ocurrido —murmuró Owens—. Sepamos qué es.

Cuando llegaron allá, Tammer tenía una mano en la espalda, como queriendo ocultar algo.

—Ya han sacado su coche del pantano, señor Farrell —dijo el teniente—. Una de las puertas estaba atascada, y las otras dos, cerradas. La del volante era la única que todavía funcionaba…

—Está bien, está bien… Me tiene sin cuidado el coche. ¿Qué es lo que realmente tiene usted que decirme, Tammer?

—Vea lo que mis hombres han encontrado en la guantera de su coche, señor Farrell.

El policía adelantó la mano que había tenido a la espalda, abierta la palma. Y en ella, el punzón. Tenía unos veinticinco centímetros de largo, en total; de los cuales, doce eran la parte penetrante, de acero, y el resto de mango de madera, redondo.

Francis lanzó un gemido, retrocedió un paso y se quedó mirando con expresión desorbitada a Owens, quien, simplemente, había palidecido.

—¿Eso estaba en mi coche? —susurró.

—Sí.

—No es mío.

—No he dicho que sea suyo. Sólo que estaba en s coche.

—Muy bien, estaba en mi coche, si usted lo dice. ¿Y qué?

—Supongo que no se le escapa la idea de que ésta podría ser el arma con la que mataron a Howard
O'Connor.

—Lo he comprendido enseguida. Y debe serlo. Pero ya le digo que no es mía, ni la había visto jamás.

—En lo personal, señor Farrell, me inclino a creerlo. Pero le agradecería que viniese usted con nosotros al departamento, para conversar sobre el tema.

—Entiendo… —dijo secamente Owens—. ¿Puedo pasar por mi bufete, para dar algunas instrucciones a mis empleados?

Philip Tammer vaciló. Por fin, asintió.

—Está bien —aceptó—. Sólo dos minutos. Lo siento.

—Gracias por los dos minutos. Cuando usted quiera.

—Dios mío… —gimió Francis—. Dios mío, Owens, ¿qué… qué significa esto? Tú tienes… tienes… tenías…

—Tenía un punzón en mi coche, Francis, en efecto. Pero, te voy a dar la misma explicación que daré al teniente en el departamento: no es mío, y…

—¡Pero estaba en tu coche!

—Déjame terminar. No es mío, y además, comprendo ahora lo que querían aquellos dos hombres: matarme de modo que pareciese un accidente y que, al sacar el coche con mi cadáver dentro, fuese encontrado el punzón. De este modo yo quedaría como el asesino de Owens. ¿Lo entiendes?

—Su explicación es bastante convincente, señor Farrell —admitió Tammer—. Pero de todos modos, le ruego que venga con nosotros.

—Ya le he dicho que estoy de acuerdo. Tengo derecho a hacer una llamada telefónica, pero prefiero pasar por mi bufete, tal como hemos convenido.

—No tengo ningún inconveniente…, por tratarse de usted. ¿Podemos dejarla en su casa, señora
O'Connor?

—Yo… No sé… Me… me parece que… que voy a tomar un taxi…

—Podemos llevarla con mucho gusto.

—No, no. Pre… prefiero… ir en taxi…

—Tu actitud no refleja mucha confianza en mí, Francis —susurró Owens—. Casi se diría que sientes… horror.

—No, no… Pe… pero… pero… ¡Oh, Dios mío!

Dio la vuelta y echó a correr, sollozando. Owens dio un paso hacia ella, pero el sargento Lassaw le asió de un brazo, firmemente. Owens miró aquella mano y luego al policía. Podría romperle todos los huesos de un solo manotazo, pero bajó la cabeza.

—Iré con ustedes —musitó.

Veinte minutos más tarde, llegaban al edificio donde tenía su bufete. Owens, Tammer y Lassaw salieron del coche con gestos sombríos. Entraron en el edificio, uno de los más elegantes de Bourbon Street, y tomaron el ascensor.

En el cuarto piso estaban las oficinas de Owens Farrell, que fue acogido con indudable respeto y simpatía por sus empleados.

—Que Ronald venga a mi despacho —pidió Owens.

Señaló hacia delante y los maravillados policías le siguieron por el alfombrado suelo. Más que lujo, en aquellas imponentes oficinas había buen gusto, seriedad… y mucho dinero invertido, desde luego. El despacho de Owens Farrell era enorme, Heno de libros, cuadros, muebles confortables, bar…

—Por favor, siéntense… —señaló los sillones—. Espero no hacerles perder mucho tiempo.

—Naturalmente, señor Farrell, nosotros tenemos que oír lo que le diga usted a sus empleados —dijo Tammer—. Ya le he dicho que personalmente me resulta usted simpático, pero…

—Le estoy muy agradecido por su tolerancia, teniente, no se preocupe. Pero dígame una cosa, ¿usted no ha pensado lo mismo que yo respecto a la presencia del punzón en mi coche?

—Sí —admitió el teniente.

—¿Entonces…?

—Mire, todo esto tiene que ser aclarado, y no dudo que lo conseguiremos, señor Farrell. Por mi parte, desde luego, no me resulta fácil admitir que usted sea un imbécil… Quiero decir, que sólo un imbécil conservaría el arma homicida en su coche.

—Estoy seguro de que nos entenderemos. Quisiera… —Se volvió hacia la puerta, que se había abierto, empujada por un hombre algo más joven que él, alto, de aspecto inteligente, vivo, simpático, que entró sonriendo—. Ah, Ronald, hola. Pasa… Te presento al teniente Tammer y al sargento Lassaw, de Homicidios. El es Ronald Younger, mi brazo derecho.

—¿Qué tal? —sonrió Younger, estrechando la mano a los policías—. Cuidado, no me aprieten mucho la mano, o Owens se quedaría manco… ¿Tomamos un café?

—El asunto es serio, Ronald —sonrió Farrell—. Quiero que te encargues de lo necesario para… Un momento. Creo que el libro que necesito lo dejé hace días en mi salita privada.

Se dirigió a una puerta que había a la derecha del despacho, la abrió, y desapareció, sin cerrar tras él. Tammer y Lassaw se miraron, pero encogieron los hombros.

—¿Qué asunto tan serio es ése? —se interesó Younger.

—Está relacionado con el asesinato de Howard O'Connor.

—Ah… —El ceño de Younger se frunció—. Howard quería mucho a ese viejo lobo de las finanzas. Recuerdo que una vez…

Tres minutos más tarde, los policías comenzaron a dirigir miradas cada vez más frecuentes hacia la puerta por la que había desaparecido Owens Farrell, hasta que, finalmente, Younger tuvo que darse cuenta.

—¿Tienen prisa? Iré a ver qué es lo que retrasa a Owens. Seguro que no encuentra el libro.

Se fue hacia allá, desapareció… y reapareció enseguida, con expresión sorprendida.

—Caramba… —dijo—, no está.

—¿Quién no está? —saltaron los dos policías.

—Owens… Bueno, debe haber ido a buscar el libro a otro lugar de la… ¡Oigan…!

Tammer y Lassaw corrían hacia la salita privada de Owens Farrell, que, en efecto, estaba vacía. A la derecha de la puerta utilizada por ellos había otra. La abrieron y se encontraron en un pasillo. Echaron a correr por él, y aparecieron en el recibidor del bufete, donde la encantadora encargada de recepción los miró con cierto sobresalto.

—¿Ha salido el señor Farrell? —aulló Tammer.

—Sí, señor, hace unos minutos. Dijo que tenía prisa…

Tammer lanzó una maldición, se abalanzó hacia la puerta y salió al pasillo del cuarto piso. Habían dos ascensores, ambos funcionando en aquel momento. Sin vacilar, se lanzaron escaleras abajo, llegaron al vestíbulo, salieron a la calle… Corrieron hacia el coche donde les esperaban sus compañeros…

—¿No lo habéis visto salir? —vociferó Tammer.

—¿A quién, teniente?

—Debe haber otra salida en el edificio —gruñó Lassaw.

—¡Maldita sea mi estampa! —aulló Tammer—. ¡Y maldito sea ese estúpido…! ¿Qué demonios pretende con esto?

CAPÍTULO XI

Eran casi las ocho y media de la noche cuando Anne Katherine Todd llegó a su apartamento, desalentada. Y muy preocupada… Lo que estaba ocurriendo era terrible… y desconcertante.

Cerró la puerta, dejó el bolsito y se dejó caer en el sofá del saloncito.

¡Triliiiinnnngggg…!, sonó el teléfono. Se inclinó hacia el aparato y descolgó el auricular.

—¿Diga?

—¿…?

—¡Señor Farrell! —Se irguió vivamente la muchacha—. ¿Dónde está usted? ¡La policía ha…!

—Ah… Bueno, pero no comprendo por qué lo quieren det… ¿Qué?

—¿…?

—Sí, sí… Lo he conseguido todo, sí. No ha sido fácil, pero he podido arreglármelas… ¿Cómo? Sí, sí, le escucho, sí…

—Sí, sí… Bueno, es que salí pronto de allí. Le estuve llamando por teléfono, pero siempre me decían que usted no estaba. Por fin fui a casa de la señora
O'Connor,
pero ella tampoco estaba. El mayordomo me dijo que si quería podía esperarle a usted, y así lo he estado haciendo, pero al final me dije que no iría allí…

—¿…?

—Sí, puedo hacerlo. ¿Dónde está usted?

—Estaré ahí dentro de diez minutos.

Colgó, salió a toda prisa del apartamento y bajo a la calle. Subió a su coche y condujo con todo cuidado hasta el lugar de la cita.

Habría sido tonto tener algún contratiempo precisamente entonces… Pero no hubieron contratiempos. Alrededor de diez minutos más tarde, detuvo el coche donde Farrell le había indicado y, en el acto, éste apareció, abriendo la portezuela y sentándose a su lado.

—Directos a la cabaña del profesor —dijo.

—Oh, pero él no estará aún allí. Creo que hoy va a quedarse a trabajar hasta tarde.

—¿Y su ayudante y la doctora Hyres?

—Ellos se marcharon al mismo tiempo que yo.

—Muy bien… —Owens reflexionó unos segundos—. Creo que lo mejor será hacerle una visita al ayudante. Y quizá hasta sea mejor así, pues cuando vayamos a ver a ese viejo chiflado sabré más cosas. Sí, vamos a ver a ese Cárter. ¿Cómo va el estudio psicológico?

—Pues… lo tengo un poco abandonado, porque he tenido que dedicarme a… husmear.

—Sí… —Owens la miró críticamente—. Y me gustaría saber por qué es tan amable conmigo, señorita Todd. Me está ayudando mucho. ¿Por qué?

—La policía lo está buscando —susurró ella.

—Ya lo sé. Quizá esté haciendo el tonto, pero tengo la impresión de que esa gente del laboratorio han mentido… y quiero ser yo quien obtenga la verdad de ellos.

—¿Qué verdad?

—Bueno, hay una verdad que es indiscutible para mí, pero que otras personas podrían aceptar; Howard O'Connor jamás habría dado un solo centavo para esa clase de trabajo que está realizando el profesor Waggins. Y entonces, me pregunto: ¿por qué lo ha hecho? ¿Por qué entregaba cada mes cien mil dólares al profesor Waggins? Quizá lo sepa el ayudante, o la doctora, y podamos apretarle bien las clavijas al profesor cuando vayamos a verlo a él.

—Pero ni Cárter ni la doctora Hyres le dirán a usted lo que quiere saber, señor Farrell.

—Vaya si me lo dirán… —sonrió fríamente Owens—. ¡Vaya si me lo dirán! Y si se niegan a hacerlo por las buenas, usted va a tener interesantes detalles sobre mi personalidad… psicológica,

señorita Todd.

—¿Piensa… piensa maltratarlos…?

—Le puedo partir la cara a ese Cárter con un solo dedo. De él dependerá que lo haga o no. ¿Sabe otra cosa? Aquellos tipos pusieron un punzón en mi coche, para que cuando encontrasen mi cadáver, encontrasen también el punzón, y pensasen que yo había matado a Howard
O'Connor…
Ésa es una sucia jugada, por la que alguien les pagó, quizá con dinero primero y luego con plomo, asesinándolos. No me parece descabellado que Waggins tenga algo que ver con eso.

—¿Por qué tendría que hacer el profesor una cosa así? A mí no me parecería inteligente por su parte. Primero, matar al señor
O'Connor,
que le daba mucho dinero. Y luego, matarlo a usted y culparlo del asesinato del señor
O'Connor…
¿Qué ganaría con eso?

Owens Farrell frunció el ceño y quedó silencioso. ¿Qué ganaría Waggins con eso…?

Se quedó tan abstraído buscando respuestas a la pregunta, que no se dio cuenta de que pasaban los minutos. Y por fin, oyó la voz de Anne Katherine Todd:

—Hemos llegado; ése es el *bungalow* del ayudante del profesor.

Owens volvió la cabeza hacia donde señalaba Anne Katherine, vio la cabaña y frunció el ceño. No parecía demasiado elegante, ciertamente. Habían más en aquella zona, todas ellas iluminadas. De alguna parte, muy tenuemente, llegaba música. Era un sitio tranquilo, sosegado…

—Vamos a visitar a ese sujeto. No… Será mejor que vaya yo solo, porque si la ve a usted, le complicarán la vida. Espéreme aquí.

Salió del coche, cruzó la pequeña zona de césped y llamó a la puerta del *bungalow*, que se abrió muy pronto. Humphrey Cárter apareció, en batín, sosteniendo un vaso en una mano. Sonreía ampliamente y abrió la boca… Se quedó así al ver a Owens.

—¿Puedo pasar, señor Cárter? —preguntó Owens, entrando y cerrando la puerta.

—¡Oiga…! ¿Qué quiere ahora? —exclamó el ayudante del

profesor Waggins—. ¡Voy a avisar a la policía!

—¿Sí? ¿Por qué?

—¡Sé que le están buscando, porque llamaron al laboratorio, advirtiéndonos que si aparecía por allí de nuevo…!

—Señor Cárter —cortó secamente Owens—, es verdad que estoy en un pequeño lío, y creo que se lo debo a ustedes. Eso es lo que he venido a aclarar.

—Aclarar…, ¿qué? —Respingó Cárter.

—Mire, vamos a hablar claro. Yo sé perfectamente que Howard O'Connor
jamás le habría dado un centavo al profesor Waggins para esa máquina de luz polarizadora, o lo que sea… Esas actividades de ustedes entran de lleno en las que Howard no financiaría jamás. Sin embargo, el profesor ha admitido que recibía cada mes cien mil dólares. No era para esa máquina… ¿Para qué eran? ¿Por qué se los enviaba o entregaba personalmente Howard
O'Connor?

—¡Yo no sé nada de todo eso! —gritó Cárter, pálido.

—Sí lo sabe. Soy un hombre pacífico, señor Cárter, se lo aseguro, pero dese cuenta de mi situación: me está buscando la policía porque alguien ha pretendido que se me acuse de la muerte de mi mejor amigo, de un hombre que fue un padre para mí… Quiero que entienda bien esto, por favor; han asesinado a mi mejor amigo, casi mi padre, y yo no he sido. Quiero saber quién ha sido y por qué, y le voy a romper a usted todos los huesos si continúa mostrándose tan recalcitrante. Se lo prometo: le romperé todos los… ¡Aaahhh…!

Se llevó las manos, al rostro, pero ya era tarde. Con velocísimo gesto, Humphrey Cárter le había tirado el contenido del vaso a los ojos; Owens retrocedió, gritando al notar el fortísimo escozor provocado por el *whisky*.

Cuando pudo ver algo, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y se lanzó al exterior, con las manos todavía frotando los ojos, que parecían llenos de fuego.

—¡Va hacia el coche, señor Farrell! —Oyó la voz de Anne Katherine.

Giró hacia la izquierda, recordando dónde había visto un coche estacionado cerca de la cabaña, y con cierta claridad pudo ver a Cárter entrando en el vehículo.

—Maldita sea…

Echó a correr hacia allí, pero la portezuela del coche se cerró. Un instante después, el coche se convertía en una bola de fuego que estalló con terrible violencia, lanzando pedazos de chapa retorcida, cristales… y fragmentos de cadáver a todos lados. La onda expansiva fue de tal violencia que Owens Farrell tuvo la impresión de que chocaba contra un muro solidísimo hecho de fuego, y que rebotaba, volaba hacia atrás, girando, envuelto en calor, en color rojo y negro, amarillo y azul…

—¡Señor Farrell! ¡Señor Farrell!

Abrió los ojos y vio sobre él una silueta. Una forma negra… Reconocía aquella silueta, desde luego…

—¡Señor Farrell, viene gente, tenemos que marcharnos o le cogerá la policía…!

Se puso en pie, notando las manos de ella en un brazo, luego en su cintura… Se dio cuenta de que se sentaba, rugió un motor… Había algo rojo alrededor.

—¿Está bien, señor Farrell? —Oyó la voz anhelante.

Miró a su izquierda y volvió a ver la silueta tan conocida… Muy lejos, según le pareció, sonaba una sirena policial…

—Señorita Todd…, no la veo bien… ¿Qué pasa, qué ha pasado…? El coche explotó… ¿El coche explotó? —Casi gritó seguidamente.

—Sí… ¿No me ve? —gimió la muchacha.

—La voy viendo mejor…

—¿Quiere que pare? ¡Sería mejor que le viese un médico inmediatamente!

—No… No, no. Vamos a ver a la doctora Hyres…

—¡No!

—¡Tenemos que ir, quizá a ella también quieran matarla! Porque eso es lo que ha ocurrido: han asesinado también a Humphrey Cárter… ¡Otro más! ¡Lléveme a donde vive la doctora Hyres!

—Pero sería mejor que fuésemos…

—¡Haga lo que le digo!

Anne Katherine Todd no insistió más. Se dedicó a conducir, con toda su atención, todavía viendo ella también en su imaginación aquella bola de fuego, y el coche saltando en mil pedazos, con una persona dentro…

Ni siquiera diez minutos más tarde detenía el coche delante de un edificio de apartamentos. Miró a Owens, que había comprobado ya que tenía chamuscadas las cejas, las pestañas, el cabello…

—Hemos llegado —murmuró.

—Espéreme aquí.

Salió del coche, cruzó la acera; en el vestíbulo del edificio vio el nombre de la doctora Renata Hyres en el buzón de la correspondencia. Apartamento 209. Subió a pie, rápidamente Ya veía bien, volvía a estar sereno. Pero su serenidad sufrió de nuevo un rudo golpe cuando se detuvo ante la puerta marcada con el número 209. Pulsó el timbre y tras esperar sin recibir respuesta, golpeó la madera con los nudillos, fuertemente.

—¡Doctora Hyr…!

Se calló bruscamente; al impulso de sus golpes, la puerta se había abierto un poco. La empujó, entró en el apartamento y tanteó en busca del interruptor de la luz. La encendió y se quedó mirando alrededor. Todo estaba en su sitio, todo en orden, limpio…

Pero no limpio del todo.

Estaba el cadáver de la doctora Hyres.

Cerca del sofá, tendido en el suelo, cara al techo. Las facciones estaban desencajadas, la boca torcida hacia un lado en una horrenda mueca. Pero más horrendas resultaban las heridas que tenía en la garganta. Como alucinado, Owens se arrodilló junto a la mujer y estuvo contemplando los orificios en su garganta, las manchas de sangre que caían hacia los lados del cuello y hacia el pecho… Renata Hyres llevaba una bonita bata de estar por casa, vaporosa, elegante, alegre…

Owens le tomó una mano y la encontró tan fría que se estremeció.

—El profesor Waggins… —susurró—. ¡El profesor Waggins!

Y salió corriendo del apartamento.

CAPÍTULO XII

El profesor Waggins salió de su laboratorio hacia las nueve y media de la noche, quizá algo más tarde. Subió en su coche, lo sacó del descuidado jardín y condujo hacia la salida de Nueva Orleáns.

En pocos minutos estuvo conduciendo lejos del intenso tráfico ciudadano; sus facciones se fueron relajando. Todo lo sucedido era demasiado inesperado, se sentía inquieto, buscaba soluciones mentalmente.

Pero todavía no había encontrado ninguna cuando detuvo el coche delante de la cabaña donde se retiraba a descansar. Paró el motor y segundos después, inmóvil, oía el deslizarse del río, muy suavemente… Al principio, nunca había podido oírlo. Luego, sus oídos se fueron acostumbrando a aquel rumor, y ahora, siempre, cuando llegaba, lo oía perfectamente. Miró hacia la cabaña y se estremeció violentamente.

«No debería volver nunca más aquí —se dijo—. Cuando pienso lo que hay ahí dentro…».

Pero segundos después, entraba en la cabaña. Encendió la luz y el confortable *living* quedó profusamente iluminado. Era un lugar acogedor, elegante, íntimo… Había una chimenea, y delante de ella una piel de oso blanco; a los lados, sillones. Todo de madera, producía la sensación de acogedor albergue. Resultaba un lugar incluso romántico, que no parecía corresponder a la personalidad de un hombre como Bernard Waggins.

«La voy a quemar… —se dijo—. Ahora ya no sirve de nada. La voy a quemar, y jamás volveré por aquí, jamás…».

Se sentó en uno de los sillones delante de la chimenea, pero aún no estaba acomodado cuando sonó la llamada a la puerta. Bernard Waggins dio un salto digno de un joven acróbata; sus ojos se

volvieron diminutos tras los cristales, espantados, hacia la puerta. Estuvo tentado de no responder, de marcharse por la puerta de la cocina, pero sabía que era una tontería. Quien fuese, había visto la luz, sabía que él estaba allí.

Los golpes en la puerta se repitieron, y al mismo tiempo sonó la voz:

—¡Profesor Waggins, abra! ¡Tenemos que terminar nuestra conversación!

Un gesto de alivio y a la vez de preocupación, en extraordinaria mezcla que crispó su rostro de rata, apareció en las facciones de Bernard Waggins. Fue a la puerta, la abrió y se apartó, con gesto amable, cortés.

—Pase, señora
O'Connor.
—Ella entró, él cerró y, tras empujar la puerta, se quedó de pronto inmóvil; luego comenzó a volverse, preguntando—: ¿Cómo sabía que yo vendría a este lugar…?

Su boca quedó seca, su lengua paralizada. Sus miopes ojos vieron la pistola en la mano de Francis
O'Connor,
apuntándole a la cabeza.

—Simplemente, le he esperado cerca del laboratorio y le he seguido —dijo Francis—. Es un agradable lugar, pero no puedo quedarme mucho tiempo en él; debo regresar cuanto antes a casa.

—Señora
O'Connor,
¿qué… qué va a hacer usted…?

—Le voy a matar… —sonrió Francis—. Es usted el último de mi lista, profesor.

—¿El… el último…?

—Sí. Su existencia me molesta. Así que le voy a matar con la pistola de Howard y me iré con mi coche.

Eso es todo.

—Pero ¿por qué? —gritó Waggins—. ¿Por qué?

—Porque usted no es más que un chantajista que estaba a punto de arruinarme, profesor Waggins. Y los demás, me refiero a la doctora Hyres y a su ayudante Cárter, lo sabían. Usted estaba chantajeando a Howard, y se repartían el dinero. Supongo que

usted se quedaba la mayor parte, y los tres simulaban dedicarlo todo a esa tontería de la cámara fotográfica especial… Todo eso no es más que una mentira, un pretexto bien montado por si alguna vez sucedía algo… inesperado.

—¿De qué está usted hablando?

—Lo sabe muy bien, profesor. Una de las veces que usted fue a casa a recoger su maldito cheque, yo estaba en el jardín. Lo vi llegar, y como le había visto otras veces, y Howard le recibía siempre muy misteriosamente, sentí curiosidad. Me acerqué a la terraza y escuché lo que hablaban. Howard estaba irritado por tener que darle tanto dinero, pero usted le amenazó con denunciar a la policía lo de esta cabaña… ¿Recuerda aquella tarde?

—Sí… —musitó Waggins—. Sí, la recuerdo. ¿Usted nos oyó?

—Todo. Al principio no podía creer lo que estaba oyendo. No podía ser posible… Pero sus palabras estaban bien claras, acusando a Howard de asesino depravado. Hacía tiempo que él traía mujeres a esta cabaña. Pocas y seleccionadas… Muy pocas y muy seleccionadas, porque estaban destinadas al sacrificio. Las traía muy secretamente, pasaba un día o dos con ellas aquí y fuego las mataba… ¿O entendí mal, profesor Waggins?

—No… No entendió mal, desde luego… Y precisamente está usted ahora sobre sus cadáveres.

Francis O’Connor lanzó un gritito de asco; saltó, alejándose del profesor, hacia la piel de oso. Se quedó mirando el suelo, el piso de madera…

—¿Están enterradas ahí…, debajo de…?

—Sí. Esta cabaña la compró con nombre falso; traía aquí a esas desdichadas muchachas, para… usar de ellas y luego realizar su mayor diversión: estrangularlas. Yo solía venir a pescar por esta parte del río… En realidad, venía a pensar. Le vi algunas veces. Llegaba con una chica… y se marchaba solo. Estaba tan intrigado, que la última vez, cuando él se marchó, me las arreglé para entrar en la cabaña. No hallé ni rastro de la muchacha, así que comencé a pensar que algo raro sucedía. Registré bien la cabaña, miré por todas partes… Finalmente pensé en el suelo. Encontré el… sepulcro múltiple. ¿Quiere verlo?

—¡No!

—¿Por qué se asusta, señora
O'Connor?
Su marido era un asesino depravado, un loco, pero usted no le va a la zaga… Usted lo mató, ¿no es así?

—Sí… No podía permitir que se arruinase pagándole a usted su chantaje. Lo planeé todo: adquirí en un almacén ropa de hombre, zapatos… Todo. El día señalado lo tenía todo escondido en el coche. Me despedí de mis amigas, llegué cerca de mi casa y me puse las ropas de hombre. Vestida así, llegué al jardín, entré en la casa y lo maté… El estaba leyendo… Luego volví al coche corriendo, me quité la ropa de hombre, la escondí en el coche y llegué normalmente. No podían sospechar de mí, lo hice todo bien. Pero cometí el error de contratar a dos hombres. Hacía semanas que los conocía, los había buscado en los muelles, porque quería… encargarles que ellos asesinasen a Howard. Pero luego preferí hacerlo yo. A ellos los utilicé para que fuesen a matar a Owens Farrell… ¡Ese cretino que cree que estoy enamorada de él! Tenía que matarlo para que la policía tuviese a un culpable; además, todo lo que Howard pudiese dejarle a él en su testamento pasaría a mí, al no existir Owens… Si aquellos dos idiotas…

—¿Los de las fotografías que me enseñó el teniente Tammer?

—Sí… Ésos. Si no hubiesen fallado, Owens estaría muerto y todo iría mucho mejor. Pero no importa… Cuando usted haya muerto, nadie podrá pensar jamás en mí como la… asesina de todo este grupo de puercos.

—¿De todo este grupo? ¿A quién más ha asesinado usted?

—A los dos idiotas que no supieron matar a Owens. Salí de noche de casa, todos dormían… ¡Fue tan fácil engañarlos! También he puesto una bomba en el coche de Humphrey Cárter, y he degollado a la doctora Hyres…

—¡No es posible! —jadeó Waggins, retrocediendo hacia la puerta—. ¡No es posible…!

—Tenía que hacerlo, ya que al matarlo a usted, y saber ellos que usted hacía chantaje a Howard, y que había hablado conmigo para perpetuar el chantaje, sospecharían de mí. Por eso, los he matado a ellos primero, y ahora, sólo queda usted… No más chantaje, no más amenazas… Todo ha terminado.

—Pe… pero no… no puede matarme así —gimoteó Waggins—…

¡No es humano!

—¿Acaso ha sido usted humano con este chantaje? Ha estado exigiéndole dinero a un hombre que, para *divertirse*, traía aquí muchachas jóvenes y bonitas, disfrutaba de ellas, y luego las estrangulaba… ¿Eso es humano? Cuando… cuando lo supe, cuando les oía a ustedes, sentí un miedo atroz… Estaba segura de que cualquier día Howard me estrangularía a mí… Y decidí… evitarlo, adelantarme a él. Antes de que él me estrangulase a mí, yo lo maté. No sólo fue por codicia, sino por miedo… ¿Por qué habría de conservarme viva a mí un loco que había asesinado a tres muchachas? ¿Por qué? No… Era mejor matarlo, matar a Owens y meterlo con el coche y el punzón en un pantano, esperando que lo encontrasen y que la policía tuviese su culpable y yo todo lo que dejase Howard. Pero los dos hombres a los que había contratado, fallaron, y me llamaron para decírmelo. Les dije que me esperasen esta noche, y los maté. Los habría matado de todas formas, porque no me gusta que nadie me someta a chantaje. Y eso es lo que usted quería hoy, cuando me llamó aparte y me dijo que tenía que hablar conmigo un día de éstos y le dije que ya le llamaría por teléfono… ¿no era eso profesor? ¿No es verdad que quería usted continuar haciéndome chantaje por lo que había hecho Howard con aquellas tres chicas?

—No, no… Le aseguro, señora O’Connor…

Francis soltó una carcajada aguda, vibrante.

—¡Qué miedo le tiene a la muerte…! Como la doctora Hyres… ¡Se asustó tanto cuando me vio sacar el cuchillo! Estaba tan aterrada que ni siquiera pudo gritar. Pero yo tenía que matarla. Y su ayudante quizá ha muerto ya, o morirá mañana, cuando ponga el coche en marcha… Así que sólo queda usted, y así, nadie podrá hacerme chantaje nunca más…

—Sos… sospecharán… de usted si… si me mata…

—¿De mí? Oh, no… ¿Ve esta pistola? Es de Howard, estaba en su caja fuerte. Después de matarlo, la dejaré caer aquí, y me iré. Cuando la encuentren, no tardarán en saber que era de Howard, y que Owens tenía acceso a ella. Y todavía lo perseguirán con más saña, si es que ya no le han encontrado. El punzón, la pistola… ¿No se da cuenta, profesor Waggins? Me casé con Howard por dinero, y

voy a tener mucho dinero, y no estaré siempre temiendo que… que en lugar de abrazarme, en la cama, me estrangule… ¡Desde aquel día he vivido con un miedo atroz, y estaba harta, harta, harta…!

El tono de voz de Francis iba subiendo, alcanzando la cota de la histeria, y Bernard Waggins supo que todo estaba terminando, que aquella mujer iba encontrando una vez más valor para matar apoyándose en su propio miedo, en su nerviosismo, en su tensión…

Dio media vuelta, corrió hacia la puerta…, y en aquel mismo instante la puerta se abrió, golpeando en pleno rostro a Waggins, que retrocedió a trompicones, girando…

¡*Pack*, *pack*, *pack*!, disparó Francis O'Connor…

—¡Hiii! —chilló Waggins—. ¡Hiii-hi-hiiiii…!

Chillaba exactamente igual que una rata, mientras caía por el suelo, se revolcaba, se arañaba, el vientre como queriendo arrancar de allí las balas…, y mientras, en la puerta de la cabaña, el demudado teniente Tammer, pistola en mano, gritaba:

—¡Quieta, señora O'Connor! ¡No dispare más o…!

¡*Pack*!, disparó ella, como enloquecida. La bala dio en la puerta, y rebotó, alzando un puñado de astillas que fueron a dar en el rostro de Tammer, que disparó sin más vacilaciones, hacia la enloquecida mujer… Francis pareció recibir un latigazo, soltó la pistola, se miró el pecho, donde estaba apareciendo la mancha de sangre, y luego miró al teniente, estupefacta.

—No… —Movió la cabeza—. No, no, no, no, no, no…

Cayó de bruces en el centro del *living*, y quedó inmóvil.

Por detrás de Tammer aparecieron Lassaw, Owens Farrell y Anne Katherine Todd. Owens corrió hacia Francis, se arrodilló a su lado, y le dio la vuelta, cuidadosamente.

—Francis… Francis, no es verdad lo que has dicho de Howard, no…

—El… él me habría… estrangulado como… como a las otras… pobres… chicas…

—Mentira —jadeó Farrell—. ¡Mentira, mentira, mentira! ¡Howard nunca pudo hacer eso, nunca!

—Me… me habría… estran… estrangulado… do… un… día u…

otro… me habría… es… trang… trang…

Pareció que su cuello se tronchase, la cabeza colgó muy blandamente, con breve vaivén, y sus ojos quedaron abiertos, fijos, relucientes… Farrell vio los pies junto a él, y alzó la mirada.

—Lo siento —murmuró Tammer—… Pero podía habernos matado a algunos de nosotros, señor Farrell. Hizo usted bien en recurrir a mí cuando comprendió que también querrían matar al profesor Waggins. Si hubiese insistido en hacer todo esto solo, ahora estaría muerto. Y la señorita Todd también, posiblemente… La señora O'Connor estaba perdiendo el control de sí misma, con tantas muertes… Matar no es tan fácil como muchas personas creen. Y a propósito de esto, tendremos que levantar el piso de esta cabaña…

—Eso es una tontería… No puede ser cierto, teniente… ¡Howard jamás haría eso! ¡Traer aquí muchachas para gozar de su compañía, sí podría creerlo, pero no que luego las estrangulase…! ¿Por qué tendría que hacer eso?

—Señor Farrell, usted es una persona normal, seria, correcta… Yo daría cualquier cosa porque todas las personas fuesen así, pero… Bien, le aseguro que cada persona es… un pequeño mundo privado, extraño, sobrecogedor a veces, espantoso en ocasiones… Cualquier persona es capaz de cometer en un momento determinado las mayores atrocidades. No me pregunte por qué. Lo hacen, eso es todo. Quizá por celos, por amor, por odio, por locura, por aburrimiento, por degeneración física y mental… O por todo junto. No lo sé, de veras. Pero éstas son cosas que pasan. Cualquiera puede cometer una barbaridad, o tres, o treinta…

—No… —negó tercamente Owens—. Howard, no pudo. El no.

Sin embargo, dos horas más tarde, el lugar donde estaban las tres muchachas quedaba al descubierto. Las hallaron metidas en grandes bolsas de plástico, una de ellas tan corrompida que cuando la bolsa se rompió, un nauseabundo hedor pareció explotar allí dentro.

Tammer miraba de reojo a Owens Farrell, que, de pie, rígido, lívido como un muerto, contemplaba el horrendo espectáculo de tres muchachas metidas en bolsas de plástico, con las facciones pavorosamente crispadas, hinchadas primero, luego secas…

—Es el caso más horrible en el que he intervenido —dijo el policía—. ¿Verdad, Max?

Pero Max Lassaw había salido corriendo de la cabaña, para vomitar afuera, y no podía oírlo. Anne Katherine Todd había sido más prudente que él, y apenas ver la primera bolsa de plástico se había vuelto de espaldas, tapándose los ojos…

—El más horrible —insistió—… Todo asesinatos en primer grado… Lo siento por usted, señor Farrell, pero ya ve: todos recibimos duros golpes en nuestra fe hacia los demás. Creo que sería mejor que usted y la señorita Todd regresasen a la ciudad en el coche de ella. Lo que queda por hacer, es cosa de la policía.

—Sí —alentó apenas Owens—. Nos vamos…

—Va a ser un informe muy penoso y complicado… ¿Puedo confiar en que mañana vendrá al departamento a ponerse a mi disposición para que entre los dos lo redactemos, señor Farrell?

—Sí… Iré.

—Gracias. Es usted muy amable. Hasta mañana, entonces.

ESTE ES EL FINAL

—Ah, señor Farrell…

—Buenas noches, señorita Todd. ¿Puedo pasar?

—Oh, sí… ¡Sí, claro!

Owens Charles Farrell entró en el apartamento, con el ramo de flores en una mano y la botella de champaña en la otra. Alargó el brazo con las flores.

—Son para usted —dijo.

—Gracias… Muchas gracias…

—El champaña es para los dos…, si tiene usted un par de velitas encarnadas y un par de copas.

—Sí… Sí tengo, sí… Pero primero iré a ponerme la… la bata… Es que como ya hace calor… Bueno, me… me pondré un vest…

—Está usted muy bien así, en camisita. Todavía deja ver más cosas que el pijama aquel… Supongo que aún lo tiene.

—Claro… ¡Pero si sólo hace ocho días que lo vio, señor Farrell! ¿Cree que yo puedo comprarme un pijama cada ocho días?

—Tengo para usted un empleo que le permitiría estos lujos y otros mucho más caros.

—¿Qué empleo? —exclamó Anne Katherine.

—Psicóloga particular de un hombre desengañado… pero que quiere olvidar algunas cosas y seguir adelante, conservar su fe en los demás, amar, luchar…

—¿Y cuánto ganaría en ese empleo? —susurró ella.

—Ponga sus condiciones.

—Sólo una: que te cases conmigo y me ames siempre.

—Eso son dos condiciones.

—Bueno, pues que sean dos.

Owens Charles Farrell sacó de su bolsillo un sobre; del sobre, un

papel y un estuche.

—El sobre más caro del mundo —sonrió—: contiene una licencia de matrimonio y una sortija de un montón de dólares. ¿Quieres casarte conmigo, Anne Katherine Todd?

—Eres un sinvergüenza —rió ella, colgándose de su cuello—. ¡Sabías que lo estaba deseando!

—Igual que yo —asintió él—. A fin de cuentas, lo nuestro estuvo bien claro desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron: amor en primer grado…

Lo cual, ciertamente, es mucho mejor que asesinato en primer grado.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…